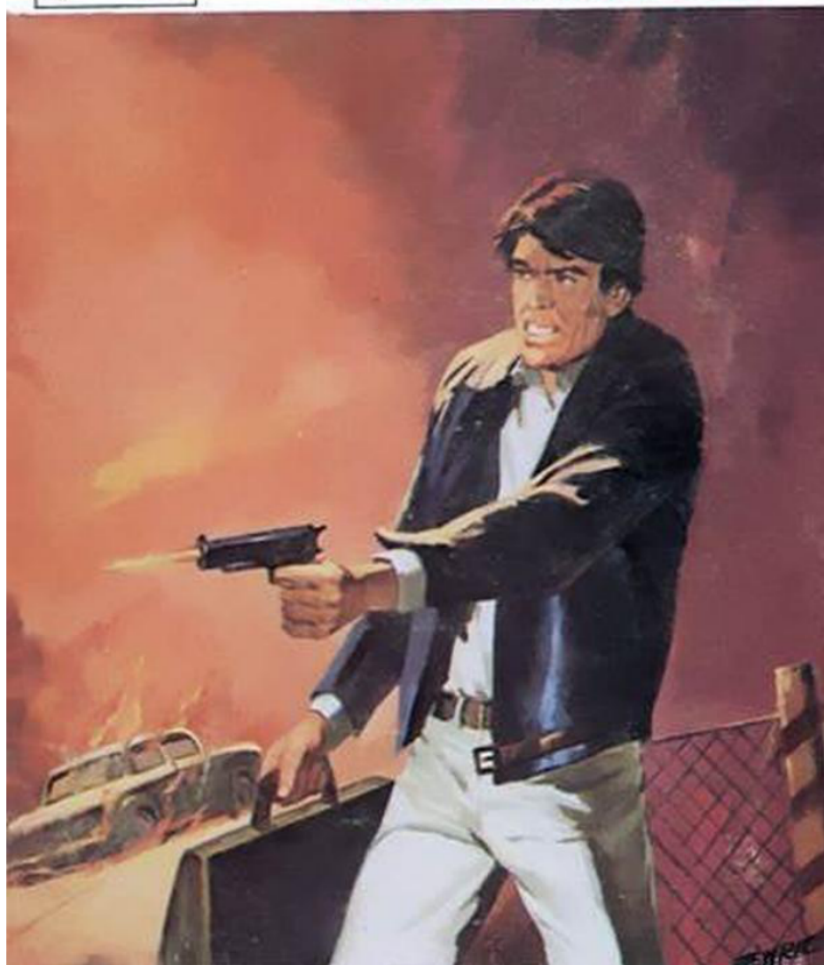


BOLSILIBROS BRUGUERA
PUNTO
ROJO

tiburones de guante blanco

CLARK CARRADOS



COLECCION

PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1489 - El hijo perdido.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1344 - Matanza en la ciudad del vicio.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1058 - Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 - Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

943 - La hondonada del diablo.

En Colección BRAVO OESTE:

526 - Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 - El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 - Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 - Contratados para morir.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

66 - Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

739 - Circula de vicio.

En Colección COLORADO:

973 - El rural, el bandido y la dama.

CLARK CARRADOS

TIBURONES DE GUANTE BLANCO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 744
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN 84-02-02520-X
Depósito legal: B. 22.314 - 1976
Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: julio, 1976

Clark Cañados - 1976
Texto

© Enrique Martín - 1976
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

CAPÍTULO PRIMERO

Los ojos de Desmond Field escrutaban ansiosamente el panorama urbano, en busca del individuo conocido por el sobrenombre de El Infalible Matador, más comúnmente denominado por las iniciales del apodo, I. M.

I. M. iba a dar un golpe. No un robo o un asalto, sino uno de los golpes que tanto le habían acreditado: un asesinato.

Field había sido contratado para evitarlo. Ignoraba el modo o los medios de que se había valido la persona que le había contratado para saber que I. M., quería asesinarlo. Era hombre de gran poder financiero y parecía lógico que recibiese informes en todos los sentidos.

En consecuencia, había llamado a Field, quien había aceptado el encargo de inmediato. Field sabía que su contratante, aquel día, iba a asistir a una discreta reunión, aparentemente de amigos, pero en la que se iban a debatir negocios de cientos si no miles de millones. La hora, el lugar y la ocasión eran elementos que ni buscados adrede para que I. M., a su vez, pudiera cumplir con el contrato que le había sido encomendado por alguien desconocido no sólo para Field, sino para el hombre que habían llamado.

Durante horas enteras, Field, situado en un punto muy discreto, había recorrido con sus prismáticos el edificio situado frente al lugar de la reunión. Era el sitio más lógico para que un asesino se apostase y ejecutara su siniestro trabajo... pero ¿en cuál de las innumerables ventanas del edificio estaba I. M. en aquellos momentos?

La hora de la reunión se acercaba y Field no había conseguido todavía nada positivo. Si fallaba, toda su fama se vendría abajo.

De repente, todo su cuerpo fue sacudido por un fuerte estremecimiento.

—¡El limpiaventanas! —murmuró.

Apenas hacía cinco minutos, había visto a un individuo, suspendido de su arnés, limpiando algunas de las ventanas del edificio. Ahora, el arnés colgaba libremente de su cable, pero estaba vacío.

Frente al arnés, había una ventana con las cortinas corridas. Las dos contiguas, a derecha e izquierda, también tenían las cortinas echadas.

Field había estudiado largamente la disposición del edificio. Aquellas tres ventanas correspondían a un mismo departamento. Su memoria de elefante le dijo en el acto la planta a que correspondía y su número.

Consultó el reloj. Faltaban cinco minutos para que Hugo Dort llegase a la reunión de negocios.

Mientras abandonaba su puesto de observación, procurando adoptar el aire neutral de un empleado retirado, que había salido a tomar el sol, se imaginó a I. M. preparándose para cumplir el «contrato».

Una maleta... No, una bolsa, aparentemente con los útiles de limpiar ventanas, pero que, en realidad, contenía un fusil despiezado, el visor telescópico y el silenciador, además de algunos cartuchos.

Probablemente, I. M. sólo necesitaría un disparo. Antes de que nadie pudiera hacer nada, un limpiaventanas continuaría apaciblemente su trabajo.

En la calle habría un gran jaleo y el limpiaventanas echaría un par de miradas, antes de continuar su tarea con aire indiferente. Y cuando lo creyese oportuno, se iría, sin que nadie pudiera relacionarle con el crimen.

Excepto Desmond Field quien, apoyándose en un bastón y con aspecto lleno de inocencia, cruzaba la calle en aquellos momentos. Una vez se acarició con la mano izquierda el bigote casi blanco que, junto con el pelo canoso, contribuía a darle la apariencia de jubilado. Los hombros algo cargados y el paso más bien lento, completaban el disfraz, que Field esperaba fuese perfecto y engañase a I. M. si acaso se le ocurría mirar hacia abajo.

Faltaban escasamente dos minutos. I. M., pensó Field, debía de estar muy ocupado en vigilar la vía de acceso de su víctima. En cuanto entró en el ascensor, irguió los hombros y se preparó para

actuar.

Subió a la planta novena, salió al pasillo y buscó la puerta señalada con el número 9-C.

Tanteó el picaporte.

Como esperaba, estaba cerrada. Mientras sacaba de su bolsillo una ganzúa que raras veces le fallaba, consultó el reloj: faltaban noventa segundos para que I. M. cumpliera el contrato.

La puerta se abrió cuando habían transcurrido ya setenta y cinco segundos. Field asomó la cabeza.

La sala que tenía a la vista estaba vacía. Pisando de puntillas, la atravesó y se asomó a un dormitorio.

En aquel momento, I. M. tendía su fusil, haciendo asomar su boca escasamente cinco centímetros por el intersticio de las dos cortinas corridas.

I. M. estaba arrodillado tras el antepecho, vuelto casi de espaldas al recién llegado. Field pensó que ya no tenía tiempo de alcanzar de un par de saltos al asesino.

Junto a la puerta había una silla y la tiró al suelo.

El estrépito sobresaltó a I. M., quien se volvió en el acto. Vio a un hombre y, haciendo girar el fusil velocísimamente, apretó el gatillo.

Field rodó a un lado, mientras oía el pequeño taponazo del disparo y el ruido más intenso de la bala al hacer saltar el yeso de un tabique. Dio dos vueltas sobre sí mismo. Al terminar el giro, ya tenía su propia pistola en la mano.

I. M. recargaba su fusil frenéticamente. La bala de Field le alcanzó en el centro del pecho, a cinco centímetros por encima del cinturón. Al igual que su adversario, Field usaba silenciador.

El asesino abrió los brazos y cayó de espaldas. Field se incorporó poco a poco, con la pistola encarada hacia el caído. Pero éste, aunque respiraba todavía, carecía ya de fuerzas para alzar el fusil que estaba junto a su mano derecha.

Field cruzó el dormitorio, apartó el fusil con un pie y entreabrió las cortinas. Miró hacia la calle. Dos hombres se apeaban en aquel momento del Rolls Royce, cuya portezuela mantenía abierta respetuosamente chófer uniformado.

Las cortinas volvieron a su posición. Field miró al caído.

I. M. tenía un rostro muy raro. No se advertían en sus facciones la menor contracción debida al disparo. Era una cara rígida, blanca, de labios duros...

De súbito, Field, obedeciendo a un inexplicable impulso, se arrodilló junto al moribundo. Tanteó su cara y, de pronto, metiendo las manos por ambos lados, junto al arranque de la mandíbula inferior, tiró hacia arriba.

Un rostro de mujer quedó al descubierto y una brillante masa de cabellos rubios se esparcieron como un abanico de oro por el suelo. Field no pudo contener una exclamación de asombro.

Era una mujer joven, muy hermosa. Field calculó que no tenía más de veinticinco años de edad. Las ropas que llevaba, sin embargo, habían sido estudiadas con todo detenimiento, a fin de ocultar detalles reveladores sobre su sexo.

De pronto, ella abrió los ojos y le miró.

—Lo siento —dijo Field.

La joven hizo un esfuerzo por hablar.

—Tenía que llegar... un día u otro... —Su voz apenas si podía oírse—. Y yo... tenía que matar a Dort... y a tantos más como él...

—¿Qué dice?

Ella movió la cabeza de una forma apenas perceptible.

—Tiene usted... una maldita puntería... Oiga... voy a, pedirle un favor...

—Sí, desde luego. —Field pensó que acceder a los deseos de un moribundo, aunque fuese un asesino profesional, dejando de lado su sexo, no le iba a costar mucho.

—No deje que ella... Protéjala...

Súbitamente, un hilo de sangre brotó de la boca de la joven. Su cabeza se dobló a un lado, mientras su cuerpo sufría un último estremecimiento. Luego, sus miembros se relajaron en la definitiva inmovilidad.

Durante unos momentos, Field, lleno de perplejidad, se preguntó qué había querido decir I. M. con aquellas últimas palabras.

¿A quién debía proteger?

¿Había estado casada y tenía alguna hija de corta edad?

Las manos de I. M. estaban enguantadas. Field le quitó los guantes. No, no había ningún anillo ni señal de un aro matrimonial.

Tanteó sus ropas. Tampoco pudo encontrar el menor indicio que

le dijese la identidad de la muerta.

Casi se sentía furioso consigo mismo. Ciertamente, había evitado un asesinato, pero una mujer joven y muy hermosa había muerto. ¿Qué misteriosos motivos habían llevado a aquella muchacha a convertirse en el más despiadado de los asesinos profesionales?

Lentamente, se puso en pie.

Paseó la mirada a su alrededor. No debía quedar el menor rastro de su presencia en el departamento.

En el suelo brillaba un objeto y lo recogió. Era el casquillo vacío de la única bala que había disparado su pistola.

Limpió la silla cuidadosamente y todos los sitios que pudo haber tocado con las manos. Luego abandonó el departamento, convertido en un hombre joven, de agradable presencia.

El bastón había quedado en el ascensor. Alguien lo encontraría, seguramente, un conserje o una mujer de la limpieza. O lo recibirían de manos de algún habitante del edificio. No era la primera vez que la gente olvidaba bastones y paraguas en los ascensores.

Salió a la calle. Le parecía estar cubierto de basura.

—¡Asco de oficio! —masculló.

Buscó una cabina telefónica e hizo una breve llamada. Hugo Dort quedó informado de que podía dormir tranquilo.

—Gracias —fue todo lo que dijo el hombre de negocios.

Field echó a andar por la calle, sin rumbo. Cada vez se sentía más disgustado.

De pronto, pensó que debía olvidar.

Sabía dónde encontrar el olvido. Paró un taxi y le dio una dirección:

—Clerkenwell Road, doscientos uno.

—Bien, señor —contestó el taxista.

En el 201 de Clerkenwell había un *pub* de aspecto discreto, denominado El Pelicano Alegre. Field pagó la carrera, entró en el local y se dirigió a la barra.

Momentos después, se acercó ella.

—Tienes mala cara, Dessie —dijo.

—Sí —contestó él.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Desmond Field contempló fijamente a la mujer. Tenía veintiocho

años, el pelo negro, los ojos sabios y el cuerpo generosamente contorneado. Lila Brompton y él eran conocidos desde hacía algunos años.

Lila conocía la profesión de Field, aunque era una mujer de gran discreción.

—He venido para eso, Lila —respondió el hombre.

Ella se colgó el bolso del hombro.

—Creo que te convienen un par de copas —sonrió—. Pero no aquí, claro.

—No tendrás ningún compromiso, supongo.

—Cuando estás tú, cancelo todos mis compromisos, Dessie —respondió Lila generosamente.

CAPÍTULO II

Varios días más tarde, Desmond Field guiñó el ojo a una secretaria de pelo rabiosamente rojo y *pullover* ceñidísimo. La chica dijo:

—El señor Dort le aguarda, señor Field.

—Gracias, guapa.

—Y yo también.

Field se volvió.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Salgo a las cinco de la tarde. Siempre suelo tomar una taza de té en

Drury's

—Allí estaré a las cinco menos un minuto.

La chica del pelo rojo inspiró profundamente. A su espalda se oyó el crujido de un tejido que cedía. Ella rió y Field volvió a guiñarle el ojo.

Momentos después, Field abría la puerta de un despacho suntuosamente amueblado. Detrás de una enorme mesa, de mármol negro, había un hombre grueso, con triple papada, casi sin pelo y rostro extrañamente blanquecino.

Junto a él, en pie, se veía a un individuo muy atildado, alto, delgado, de nariz afilada y pelo engominado, muy negro.

—Pase, Field —invitó el gordo—. Nicco se iba ya. Supongo —añadió—, que conoce a mi secretario confidencial, el señor Solossi.

—Sí, señor Dort. ¿Qué tal, señor Solossi?

—Hola —respondió el del pelo engominado.

Dort firmó un par de cartas. Solossi las recogió y se marchó.

Al quedarse solos, Dort se levantó y caminó hacia un mueble bar, abundantemente provisto Mientras preparaba dos *high-balls*, dijo:

—Tengo que darle las gracias, señor Field. Me salvó la vida.

—Usted me contrató para eso, señor —contestó el visitante, al aceptar el vaso que le tendían.

—Ahí, sobre la mesa, tiene un cheque. He añadido mil libras más, a la cifra inicialmente contratada. Me gusta ser generoso con quienes me sirven bien.

—Gracias, señor. A su salud.

Dort rió suavemente.

—Nunca mejor dedicado un brindis —contestó—. Por: cierto, ¿qué tiene ahora entre manos, Desmond? ¿Me permite que le llame así?

—Mejor Dessie. Es el apodo que usan los amigos.

—Gracias, Dessie. Entonces, ¿no tiene ningún trabajo a la vista?

—Por ahora, no, señor.

Dort pareció meditar un segundo.

—¿Le convendría un viaje a Bruselas? —preguntó de sopetón.

—¿Qué he de hacer yo allí, señor Dort?

—Venga, siéntese y escuche. Si quiere realizar este trabajo, que sólo necesita discreción, pero sin correr el menor riesgo, le pagaré dos mil libras más, gastos aparte. ¿Qué le parece?

Field cruzó las piernas, después de haberse sentado.

—Todavía no sé en qué consiste ese trabajo —contestó.

—Escuche, Dessie, usted sabe de sobra que soy un importante hombre de negocios. Apenas aparezco en los periódicos, pero mis asuntos son de enorme volumen económico. Tenso que enviar un mensaje a una persona y no quiero confiarlo al correo ni mucho menos al teléfono o al télex. ¿Empieza a comprenderme?

—Sí, señor.

—De ese mensaje depende la resolución de un importantísimo negocio. Yo le daré el nombre y la dirección de la persona que ha de recibirlo, como también la contraseña que emplearán para reconocerse mutuamente. Como puede comprender, ese mensaje no debe caer en manos... «enemigas».

Field se concedió el lujo de una sonrisa.

—Lógico —repuso.

—En tal caso, ¿acepta?

—¿Cuándo debo abandonar Londres, señor?

—Pasado mañana. A las tres quince sale el vuelo regular de

«Sabena», Londres-Bruselas. Nicco le aguardará en el aeropuerto de Heathrow. Él le entregará el pasaje de ida y vuelta. Como calculo que estará veinticuatro horas a lo sumo, le dará también una nota mía para el director del hotel Riviére; es amigo mío y así se evitará abonar los gastos de estancia.

—Muy bien, señor. ¿Sólo eso?

—Nada más, Dessie.

«Los financieros tienen, a veces, cosas muy raras», pensó Field.

—De acuerdo, señor Dort. Sólo me falta ahora el nombre de la persona con quien debo encontrarme...

—Nicco le facilitará igualmente esos datos.

Field apuró su vaso y se puso en pie.

—Gracias —dijo.

—Un momento, Dessie. He leído en los diarios que una mujer apareció muerta en un departamento del Holbrook Building. ¿Qué sabe usted de eso?

Field miró inexpresivamente a su grueso interlocutor.

—Era I. M. —contestó.

—Una mujer —resopló el gordo.

—Sí.

—¿Cómo se llamaba?

—Lo ignoro.

Dort se encogió de hombros.

—Qué cosas —murmuró—. Una mujer, asesino profesional... — De pronto, se echó a reír—. ¿No estamos en el Año Internacional de la Mujer, Dessie?

—Sí, eso dicen.

Field salió, asqueado una vez más de la vida. Pero, de pronto, vio a la pechugona secretaria y varió de opinión en el acto.

La vida, a veces, resultaba agradable.

—A las cinco, en el

Drury's

—dijo la pelirroja—. Me llamo Harriet.

—Yo, Dessie —contestó él.

Un teléfono sonó de pronto. Harriet se convirtió instantáneamente en una secretaria rápida y eficiente.

—¿El señor Dort? Lo ignoro, señor; hablaré con su secretario... Lo siento, señor MacLeod; tengo órdenes muy severas al respecto;

deberá hablar antes con el señor Solossi...

A las cinco en punto, Harriet Jackson apareció en el Drury's.

Saludó a un par de conocidos y se encaminó directamente hacia el rincón de la barra donde ya le aguardaba Field.

—Soy puntual, Dessie —dijo, con ojos resplandecientes.

Más y más oficinistas y empleados entraban en el local, una vez terminada la jornada cotidiana.

—¿Siempre se pone esto así? —preguntó Field.

—Salvo los fines de semana, por supuesto —contestó ella maliciosamente—. Por eso mi piso, aunque es mucho más pequeño, está completamente despejado.

—Y allí, dos personas, no corren riesgos de tropezar con otras, sino con ellas mismas.

—Sí.

Field dejó una moneda en el mostrador, se apeó del taburete y agarró el bien contorneado brazo de la pelirroja.

—Vamos —dijo—. Ya tengo ganas de comprobar cómo está el tránsito en tu piso.

—Magnífico. No hay ninguna dirección prohibida.

Mientras se oía el ruido de la ducha, Field, en mangas de camisa, llenó dos vasos. Encendió un cigarrillo y se sentó en el diván. Harriet apareció momentos después, envuelta en una cortísima bata de baño, de felpa roja, con una enorme toalla en torno a la cabeza.

Harriet se sentó junto a él, le besó en los labios y luego tomó su vaso.

—He conocido a algunos clientes de mi jefe, que han resultado simpatiquísimos —dijo—. Ninguno como tú, Dessie.

—Gracias, hermosa.

—Es la pura verdad.

—Yo tampoco he visto otra chica tan bonita como tú, tan amable, tan cariñosa...

Harriet rió argentinamente y pegó su cuerpo estrechamente al de su invitado.

—Eres un encanto —dijo.

Field pasó una mano por su cintura.

—Pero me gustaría que fueses un poco más comunicativa —

añadió.

—¿En qué sentido?

—Harriet, no pido que traiciones a tu jefe; trabajas para él y le debes lealtad. Pero me gustaría saber algunas cosas... de las que tú creas no constituyen falta de fidelidad, ¿comprendes?

—¿Por qué te interesa Dort? Tú también trabajas para él, Dessie.

—Sí, pero es otra clase de trabajo. Lo mío es un contrato eventual. En cambio, tú figuras en nómina...

Ella hizo una mueca.

—La verdad, el sueldo no es nada del otro mundo... y el señor Solossi parece tener cincuenta pares de manos cada vez que me encuentra a solas. Ese tipo no me gusta, te lo aseguro.

—¿Porque es italiano?

—A saber de dónde será —exclamó Harriet—. Un italiano no emplearía ciertas expresiones que sólo se aprenden en el Soho.

—Puede haber vivido allí muchos años...

—La que vivió en el Soho hasta los dieciséis fui yo y, créeme, al llegar a esa edad, una chica aprende todo lo que hay que saber en esta vida. Puede que Solossi tenga algo de italiano, incluso su apellido puede ser legítimo... pero no es un italiano absoluto.

—Entonces, el nombre debe de ser ficticio.

—Yo diría que sí, aunque, claro, no puedo asegurarlo. Pero es un tipo peligroso, Dessie.

—¿En qué te fundas para decir eso, Harriet?

La cara de la pelirroja se puso seria de repente.

—Una vez le vi hablar con un cliente del señor Dort... Por fortuna, Solossi no me vio y luego ya procuré yo que no me viese... No sé qué diablos le diría al pobre hombre, pero le vi ponerse lívido... Era un tal Martin Ransome y a los pocos días leí en el periódico que se había suicidado.

—¿Y no fue así?

—La policía admitió la tesis del suicidio. Yo... Dessie, no quisiera afirmar nada sin pruebas, pero casi juraría que fue Solossi el asesino.

—¿Qué relaciones había entre Ransome y Dort?

—Ransome le debía una importante suma de dinero y no quería o no podía pagarla, al menos en las condiciones exigidas por Dort. A las pocas semanas, el negocio de Ransome pasó a manos de Dort.

¿Lo comprendes ahora?

Field asintió pensativamente.

—Sí, desde luego —contestó—. Harriet, descuida, seré mudo como una tumba, respecto de todo lo que hayas podido decirme.

Ella le abrazó de repente, con gesto impetuoso.

—Eres un chico encantador —exclamó.

—¿No lo has dicho ya? —rió él.

—En todo caso, me gusta repetirlo.

—Y a mí me gusta oír cosas así... cuando quien lo dice es una chica guapa, amable, cariñosa...

Los labios ardorosos de Harriet cortaron la voz de Field. Al joven no le disgustó en modo alguno aquella interrupción de su parlamento.

Un buen rato más tarde, Field dijo que iba al baño.

—Yo me vestiré —manifestó ella—. Cuando salgas, tendrás preparado un bocadillo. Es decir, si te apetece.

—Me apetece —rió él.

Field se metió bajo la ducha. Estuvo un buen rato bajo el chorro de agua, que graduó tibia, lo justo para quitar su frialdad natural, y después empezó a secarse.

Cuando terminaba, oyó el ruido de un plato que se rompía. Sonrió al pensar en Harriet. Se habría disgustado por la rotura del plato, pensó.

Abandonó el baño. Llegó a la sala y se quedó clavado.

Harriet yacía en el suelo, con los brazos separados del cuerpo y la cabeza doblada a un lado. En el centro del pecho, una mancha de siniestro color escarlata se ensanchaba con gran rapidez.

Field saltó hacia ella y la incorporó levemente.

—¡Harriet! —gritó.

—Oh, Dessie... —gimió.

—Voy a llamar a un médico —dijo él.

—No... Espera... Dessie... no te fíes de... Brooks...

De pronto, la cabeza de Harriet cayó hacia atrás. Sus ojos voltearon un instante en las órbitas, antes de quedarse quietos, muy abiertos, sin percibir ya la luz que llegaba a las pupilas.

Terriblemente consternado, Field dejó a la joven en el suelo. Ella vestía ahora una blusa de tejido muy liviano. El orificio de la herida mortal era claramente visible.

En un principio, había llegado a pensar en un proyectil salido de una pistola provista de silenciador. No había sido así.

El arma mortífera era un puñal. O un punzón grueso, pero, en todo caso, de sección perfectamente triangular. Había sido un golpe certero, dirigido al corazón.

La blusa de Harriet, por otra parte, estaba en orden. No había señales de lucha.

Field se imaginó fácilmente la escena. Había sucedido en el momento en que oyó romperse el plato. Ella había sido sorprendida por detrás; el asesino tapó su boca con una mano y con la otra golpeó rápida, certera y mortíferamente.

Un solo golpe. Había sido más que suficiente.

¿Por qué?

¿Quién era aquel Brooks del que no debía fiarse?

Consultó su reloj: eran las diez de la noche. El asesino, ya no cabía la menor duda, estaba muy lejos.

Lentamente, se acercó al teléfono, lo levantó y marcó el 999.

—Scotland Yard al habla —dijo una voz impersonal.

—Deseo informar de un asesinato —manifestó Field.

—Un momento, señor. ¿Dónde ha ocurrido?

—Calle Mill, veintidós, Bermondsey.

—Bien, señor; ahora mismo enviaremos una patrulla. No se mueva de ahí, por favor.

—No pienso moverme —respondió Field, con los ojos húmedos, fijos en el inerte cuerpo de Harriet.

Aquel cuerpo se había mostrado ardiente, apasionado, lleno de vida, sólo unos minutos antes. Ahora ya no era más que una patética figura, sumida en las sombras de la muerte.

CAPÍTULO III

Al atravesar el amplio vestíbulo del hotel Riviére, Desmond Field lanzó una rápida mirada hacia la joven que se hallaba sentada en uno de los butacones, leyendo una revista de modas. El pelo era muy corto, casi de muchacho, y parecía un casco de oro. Pero dada la posición y la indumentaria, apenas si podía captar muchos más detalles.

Ella tenía las piernas cruzadas, enfundadas en seda, y vestía un sencillo traje de chaqueta, de color gris perla, con cuello de terciopelo negro. Los zapatos, discretos, elegantes, eran caros, como el bolso de piel de serpiente. En cambio, las grandes gafas de color parecían una máscara y ocultaban la mayor parte de su fisonomía. No obstante, Field pudo apreciar la belleza de líneas de una nariz griega y de una boca generosa, discretamente subrayado el color por el lápiz labial.

Un botones le seguía con el equipaje. Field se acercó a recepción, dio su nombre, el empleado dijo que, en efecto, le esperaban y luego de hacerle firmar en el libro, le entregó una llave.

Minutos más tarde, Field quedaba a solas en la habitación. Empezó a prepararse para la entrevista.

Mientras lo hacía, pensó en Harriet. Ya estaba muerta y sepultada.

Pobre muchacha. No había tenido tiempo de despedirse de Dort como empleada. Quizá presentía algo... pero, en todo caso, Field no había conseguido averiguar la posible relación de Harriet con Brooks.

Field tenía muchos amigos. Ninguno de ellos supo facilitarle la menor pista. Algunos, incluso, conocían a Harriet, pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles.

Terminó de vestirse. Se preguntó si debía considerar la muerte

de Harriet como un posible aviso. Empezó a presentir que se hallaba en el centro de una vorágine, donde cientos de miles o tal vez millones de libras se agitaban en una danza infernal.

De pronto, sonó el teléfono.

Field levantó el auricular y dio su nombre. Una voz masculina dijo:

—¿Ha tenido buen viaje desde Londres, señor Field? Posiblemente, el asiento número treinta y uno era algo incómodo.

—Bueno, el viaje es corto y la incomodidad se pasa pronto —respondió el recién llegado.

—Sí, lo celebro. Señor Field, cuando guste, le espero en la habitación cincuenta y ocho. Mi nombre es Darlton.

—Encantado, señor Darlton. Acudiré dentro de cinco minutos.

Field colgó el teléfono. Sí, la contraseña era correcta, por el momento, se dijo, mientras daba los últimos toques a su indumentaria.

Con la mano izquierda, tanteó suavemente el costado de su chaqueta, donde, en el bolsillo interior, llevaba el sobre que le había entregado Dort. Sacó un paquete de tabaco, se puso un cigarrillo en los labios y echó a andar hacia la puerta.

Su habitación estaba en el piso sexto. Descendió por las escaleras, buscó el número cincuenta y ocho y tocó con los nudillos.

Un hombre joven, bien parecido, salió a su encuentro, con la sonrisa en los labios.

—Soy Darlton.

—Field —dijo el joven—. Encantado de conocerle.

—¿Tiene el sobre?

—Falta la segunda parte de la contraseña.

Darlton se echó a reír.

—Es cierto —contestó—. A su vuelta, piensa tomar píldoras contra el mareo, que le ha afectado bastante durante el viaje.

—Dos píldoras y un vaso de leche descremada.

—Exacto. De momento, ¿quiere un trago?

Darlton le ofreció un vaso. Field hizo un gesto negativo.

—No tengo ganas todavía, muchas gracias —manifestó.

Metió la mano en el bolsillo y sacó el sobre. Darlton lo sopesó un instante y luego lo lanzó con gesto indiferente hacia un sillón cercano.

—Bueno, eso es todo —sonrió. Alargó la mano derecha—. Una entrevista breve, pero fructífera.

—Eso opino yo, amigo Darlton.

De súbito, Field sintió que la mano de Darlton oprimía la suya con enorme fuerza. Un segundo después, Darlton sacó una pistola del bolsillo izquierdo de su chaqueta.

Era una «F. N.» de calibre 6'35. El arma apuntó directamente al tórax de Field y detonó tres veces seguidas.

A pesar de que la pistola no llevaba silenciador, los estampidos sonaron como palmadas un poco fuerte. Field sabía que el ruido no se percibiría desde el pasillo, debido al acolchado de la puerta y las paredes.

—Adiós, Field —dijo Darlton, sonriente.

—Eso mismo digo yo —contestó el joven.

Alargó la mano izquierda y apoyó los dedos en el pecho de su antagonista. La palma y los dedos formaban un solo plano, en ángulo hacia abajo con el antebrazo, que quedaba horizontal.

Se oyó un leve chasquido. Darlton dejó de sonreír y se tambaleó.

—Adiós, Darlton —exclamó Field.

La mano que sujetaba la suya dejó de hacer presión. Darlton se tambaleó ligeramente.

Por un momento, hizo un supremo esfuerzo y quiso levantar la pistola, pero Field apartó fácilmente el arma. Darlton cayó de espaldas.

Todavía respiraba. Field se arrodilló a su lado.

—Tú no eres Darlton —dijo.

—¿Como lo sabe? —se asombró el caído.

—Falta la marca de la leche descremada. Yo no la dije y tú no mostraste la menor extrañeza.

—Nos... engañó...

La voz del sujeto se debilitaba rápidamente.

—¿Dónde está Darlton? —preguntó Field.

—Aquí... —La mano del moribundo tocó su chaqueta—. Oiga, ¿qué diablos ha disparado... contra mí?

Field se remangó ligeramente el brazo izquierdo. El arnés que sujetaba un tubo metálico, de unos veinte centímetros de largo y dos de grueso, quedó al descubierto.

—Un muelle muy potente y un proyectil aguja de dos milímetros

de calibre, con movimiento de rotación —explicó.

—Me duele el corazón...

—Ahí es donde apunté.

—Mis balas no... le hicieron nada...

—Chaleco blindado.

—Ya.

De pronto, el asesino se quedó quieto. Field comprendió que había muerto.

Registró su chaqueta. En el bolsillo interior izquierdo halló un pequeño plano de Bruselas, en el que se veía un punto señalado con un círculo rojo.

—Sin duda, era forastero —murmuró Field. Un bruselense, era lógico pensarlo, no habría necesitado de plano alguno para orientarse en la capital belga.

Se puso en pie. Lo que encontró después en las ropas del muerto carecía de importancia, a no ser su documentación, a nombre de Peter Schmidt. Tal vez era un nombre falso.

Recogió el sobre que le había dado Dort y lo guardó de nuevo en el bolsillo. Salió al pasillo con aire enteramente natural, buscó la escalera y regresó a su habitación.

Cerró por dentro con doble vuelta de llave. Después de quitarse la chaqueta, la camisa y el chaleco blindado, se contempló el tórax en el espejo. Había tres puntitos levemente coloreados en el lugar donde habían impactado las balas.

Le dolía un poco, pero no era nada comparado con el dolor que debería haber sentido en los breves instantes que hubiesen precedido a su muerte. Fue al cuarto de baño, buscó la colonia y se frotó vigorosamente el lugar afectado por los impactos.

Al cabo de un rato, se sintió mucho mejor. Salió del baño, buscó el teléfono y llamó a recepción:

—Soy el señor Field. Por favor, necesito un coche de alquiler sin conductor.

—Sí, señor. ¿Tiene alguna marca preferida?

—Bastará con que ruede. Tal vez un «Peugeot 404»... O algo por el estilo, claro. —Field quería que el coche fuese discreto—. Por favor, avíseme cuando lo tengan dispuesto.

—Bien, señor.

Un cuarto de hora más tarde, llamó el recepcionista.

—Señor Field, tiene su coche en la puerta del hotel —anunció.

—Gracias.

Minutos después, Field entraba en la Avenida Victoria Regina, desviándose a continuación para cruzar por el Jardín Botánico, de donde pasó al Bulevar de San Lázaro. Enfiló a continuación la calle Brabant y siguió casi hasta el final, tras haber rebasado la altura de la Estación del Norte.

Ya se había hecho de noche. De pronto, Field divisó el objetivo marcado por Schmidt en su plano.

Alguien había resistido al progreso con su casita y su jardín en una calle donde ya los edificios viejos habían desaparecido en su casi totalidad. El edificio, que se divisaba en parte al otro lado de una alta tapia de mampostería, era de dos plantas.

La puerta, de dos hojas, de gruesas tablas de roble, oscuras por el paso de los años, aparecía cerrada. Field divisó la cadenita de la campanilla. ¿Debía llamar o, por el contrario, era mejor entrar sin ser advertido?

De pronto, una mano enguantada apareció delante de sus ojos. En la palma de la mano brillaba el metal de la llave.

—Abra.

Field se volvió. A duras penas contuvo un grito de asombro.

Frente a él se hallaba la joven a quien había visto horas antes, a su llegada, en el vestíbulo del hotel.

Ella había cambiado de ropa y ahora vestía una especie de cazadora corta y pantalones muy ajustados, con botas negras, de media caña. Pero seguía llevando aquellas gafas oscuras, aunque Field calculó que sólo un lado de los cristales, el exterior, era opaco. De este modo ella podía ver sin que nadie apreciase la expresión de sus miradas.

—¿Sabía que iba a venir aquí? —pregunto.

—Le he seguido —respondió ella.

—Entonces, acaso conozca mi nombre...

—Desmond Field.

—En cambio, yo no sé cómo se llama usted.

—Ulla Moentsch.

—Muy bien, Ulla. Voy a hacerle una advertencia.

—Sí, Desmond.

—No trate de jugarme una mala pasada.

—Quiero colaborar con usted.

—Y llámeme Dessie.

Ulla se concedió el lujo de una sonrisa.

—Sí, Dessie. Vamos, abre —le tuteó de pronto.

Field dudó un instante. Bajo la cazadora, sin duda había un torso de diosa pagana.

—¿No habrá alarmas? —preguntó, a la vez que introducía la llave en la cerradura.

—No lo creo. No nos esperan.

—Ulla, después de esto, hablaremos.

—Por supuesto, Dessie.

Uno de los batientes de la puerta giró en silencio. Las bisagras, pensó Field, estaban muy bien aceitadas.

El jardín se hallaba a oscuras. Field, junto a su inesperada acompañante, avanzó cautelosamente por el sendero central. De pronto, sacó su pistola.

—¿Lo crees necesario? —preguntó Ulla.

—Simple precaución —respondió él.

Llegaron a la puerta. Era de rejas de hierro, con cristal translúcido al otro lado. Ello permitía ver el resplandor de una lámpara en el vestíbulo. Field hizo girar el picaporte y empujó la puerta.

Una campanita sonó en el acto.

—Maldición —dijo Field.

—Era lógico —murmuró Ulla.

Entraron en la casa. El vestíbulo era amplio, de estilo anticuado. La escalera que conducía al piso superior era curva, en medio caracol. Bajo ella se divisaba una puerta de paneles de madera.

La puerta se abrió de pronto y un hombre apareció en el umbral.

—¿Todo bien, Peter? —preguntó, antes de darse cuenta de que ninguno de los visitantes era el hombre a quien aguardaba.

CAPÍTULO IV

El individuo se quedó parado un segundo. Luego, de pronto, reaccionó y dio media vuelta, lanzándose por la escalera que conducía sin duda a un sótano.

Field saltó hacia adelante. Alcanzó la escalera y descendió vertiginosamente. De pronto, vio al sujeto frente a un hombre desnudo, tendido sobre una mesa.

El amigo de Peter tenía en la mano un cuchillo. Field adivinó sus intenciones y apretó el gatillo. En la sien derecha del hombre apareció instantáneamente un agujero negro.

Un cuerpo humano se derrumbó al suelo. Field avanzó unos pasos y, de repente, sufrió un terrible estremecimiento.

Detrás de él sonó una exclamación de horror:

—¡Oh, Dios mío!

El hombre tendido sobre la mesa, de recio tablero y gruesas patas, ancladas al suelo, estaba atado a la misma por varias cuerdas, que sujetaban firmemente sus miembros. Había sido horriblemente torturado, con un sadismo increíble y era evidente que estaba a punto de morir.

Dominando el horror que sentía, Field se inclinó sobre él:

—¿Darlton?

—Sí... ¿Trajo el sobre?

—Lo tengo encima.

—Llévelo a... Symon Koppel... La contraseña es «Lorit»...

—¿Dónde está Koppel?

—Kitzbühel... Posada de los Tres Picos de Plata...

—Voy a buscar algo para curar a este pobre hombre —dijo Ulla de repente.

Field alargó una mano.

—No te molestes —detuvo la acción de la muchacha—. Ya ha muerto.

Ulla se volvió de espaldas.

—¡Salvajes! —murmuró.

Field inspiró con fuerza.

—Creo que sería mejor que nos fuéramos de aquí —propuso.

—Sí, tienes razón.

Ulla echó a andar hacia la escalera. Field lanzó una última mirada a los dos hombres muertos.

«¿Vale tanto el contenido del sobre?», se preguntó. Subió al vestíbulo. La campanita, al sonar cuando Ulla abría la puerta, le pareció un tañido funeral.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó él.

—Tengo alquilado un apartamento en la calle Duquesnoy —contestó Ulla—. Creo que podríamos hablas con más comodidad que en el hotel. Yo iré delante en mi coche. Sígueme, Dessie.

—Está bien —aceptó Field.

Media hora más tarde, entraban en el apartamento de la joven, una pieza pequeña, decorada en serie, pera acogedora. Ulla dijo que iba al baño a retocarse un poco.

—En la cocina encontrarás agua y café —indicó.

—Perfectamente.

Field preparó el café y llevó todo a la salita. Ulla apareció minutos más tarde. Se había cambiado de ropa y ahora vestía una bata larga, cerrada de cuello y mangas, nada incitante.

También se había quitado las gafas. Field contemplé el rostro de la joven y lanzó una exclamación de asombro.

—A ti te conozco yo —dijo.

Ulla sonrió.

—¿De veras?

Field se puso serio.

—Diríase que has resucitado —murmuró.

—Éramos gemelas —explicó Ulla.

—¿Cómo se llamaba?

—Martha.

A Field el café le supo en el acto a cenizas disueltas en agua.

—Está muerta —dijo.

—Lo sé.

—¿Sabes también quién la mató?

—Eso no.

—Pero lo buscarás algún día...

Ulla se encogió de hombros.

—Martha había elegido un camino —respondió—. En parte, tenía razón. Pero tenía que acabar como acabó.

—De modo que tú lo sabías...

—Me enteré los últimos meses. Traté de apartarla de su... profesión, pero el odio llenaba su mente por completo. Todos mis esfuerzos resultaron inútiles.

—Entonces, no odias al hombre que la mató.

—¿De qué me serviría? En todo caso, odiaría mucho más al hombre que fue el origen de que Martha tomase el sendero equivocado.

Ulla frunció el ceño repentinamente.

—Oye, diríase que conoces al tipo que mató a mi hermana —exclamó.

—Sí, le conozco.

—¿Puedo saber quién es?

—Lo tienes delante de ti, Ulla.

Sobrevino una pausa de silencio. Ulla había estado pie todo el rato y se sentó.

—No puedo creerlo —dijo.

—Ulla, yo no soy mucho mejor que Martha... aunque bien es verdad que jamás acepté nada que significase asesinato a sueldo. Y si disparé contra ella, fue porque, al descubrirla, trató de matarme.

—Te creo, Dessie.

—Gracias. Fue así, como te digo. Alguien me contrató para protegerle, porque sabía su vida amenazada. ¿Sabes cómo denominaban a tu hermana?

—No. Dímelo, por favor.

—Le habían dado un apodo, que justificaba su fama. Infalible Matador, y todos creían que se trataba de un hombre. Aunque era más conocida por las iniciales: I. M.

—Sigue, Dessie.

—Eso es todo. Conseguí localizar el sitio donde se había apostado y, tal como era mi obligación, evité que ella cometiera un asesinato. Pero Martha disparó una vez contra mí. Yo esquivé el balazo y disparé. En aquellos momentos, créeme, ignoraba que se trataba de una mujer. Como todos, yo también creía que I. M. era

un hombre. Lo siento, Ulla.

La joven se puso en pie, llenó una copa y tomó unos sorbos.

—No te lo reprocharé jamás, Dessie —dijo, pasados unos momentos—. De no haber sido tú, habría sido otro. El fin de Martha es enteramente adecuado a lo que había sido su vida en los últimos años.

—Gracias, Ulla. Pero, al menos, ¿puedes decirme por qué Martha tomó ese sendero equivocado?

—Dispénsame. Quizá en otra ocasión...

—Como quieras.

Field contempló largamente a la muchacha.

—Vi a Martha solamente en una ocasión, pero jamás olvidaré su cara. Ahora me parece verla viva de nuevo —murmuró.

—Siempre nos confundieron. Martha, en cierta ocasión, me propuso formar sociedad con ella. Con nuestro parecido, podríamos engañar fácilmente a cualquiera, pero yo me negué siempre. Tengo los mismos motivos que ella para detestar a ciertos individuos, pero ello no significa que haya de convertirme en un asesino pagado.

—Tal vez hay otros medios o formas de vengarse.

—Quizá. —Ulla se esforzó por sonreír—. Bien, ¿qué vas a hacer ahora?

—Antes de contestar a esa pregunta, quisiera saber si esperabas mi llegada hoy a Bruselas.

—Sí, Dessie.

Field se puso en pie, tomó la botella y se sirvió una copa de buen coñac.

—¿Quién te lo dijo?

—Martha me escribió hace tiempo.

—¿Martha?

—¿Te asombra?

—Un poco, si no te molesta. ¿Qué te dijo?

—A decir verdad, ella ni siquiera mencionó tu nombre. Sólo decía que alguien traería un importante sobre, dirigido a Darlton. Yo debía cuidar de que Darlton lo recibiese.

—Bien, pero... tú no me conocías...

—En todo el día, has sido el único viajero procedente de Londres que se ha hospedado en el Riviére.

—Comprendo. Cuando salí del hotel, me seguiste... ¡Pero tenías

la llave de la casa de la calle Brabant! —exclamó Field de repente.

—Tú no te preocupaste de esa llave, Dessie.

—Sí, es cierto. La vi en las ropas del muerto... También sabes que maté al hombre que quería hacerse pasar por Darlton.

—Te vi entrar en su habitación. Cuando saliste, yo entré a mi vez y lo vi muerto. ¿Le mataste tú?

—Me defendí. El disparó tres veces contra mí.

—¿Y no acertó ni una sola? —se asombró Ulla.

—Llevaba puesto un chaleco blindado.

—Oh, comprendo. Bien, cuando encontré la llave, pensé que podría resultar interesante quedármela. Bajé de nuevo al vestíbulo y a los pocos minutos te vi salir.

—Y me seguiste.

—Acerté, creo... aunque todavía se me revuelve el estómago al acordarme de Darlton.

—Sí, es cierto. Con la tortura, le sacaron la contraseña, pero yo engañé a Peter Schmidt.

—¿Cómo lo conseguiste?

—Omití una palabra en la segunda parte de la contraseña. El falso Darlton no pestañeó siquiera.

—Lo cual significa que Darlton también les engañó.

—Resultó fácil, ya que era una contraseña muy larga. La que él me dio antes de morir, en cambio, es muy sencilla.

—«Lorit» —repitió ella—. No sé qué puede significar.

—Yo tampoco, pero pienso ir a Kitzbühel. He de entregar el sobre a Symon Koppel.

Ulla le miró fijamente.

—Voy a pedirte un favor, Dessie —solicitó.

—Si está en mis manos...

—Quiero ir contigo a Kitzbühel.

—¿Piensas vengar a Martha?

—Para eso, tendría que matarte a ti.

—Si lo deseas, me quitaré el chaleco blindado.

Ulla movió la cabeza negativamente.

—La venganza da placer al principio y luego deja sabor de cenizas —contestó—. No sé quién lo dijo, pero creo que es verdad. Además, ya conoces mi posición al respecto.

—Gracias de nuevo, Ulla.

—Por cierto, ¿qué contiene el sobre, Dessie?

—No lo sé, ni me interesa. De todos modos, como me pagaron por entregarlo, creo que debo hacerlo.

Field sacó el sobre y lo sopesó cuidadosamente, mientras Ulla le contemplaba con curiosidad. De pronto, Field pareció notar algo que le había pasado desapercibido hasta aquel momento.

—Diríase que aquí adentro hay una plancha de metal, muy bien envuelta en papel —exclamó.

—¿Me permites? —rogó Ulla.

—Sí, pero no lo abras.

El sobre pasó a las manos de la joven. Ulla tanteó con las yemas de los dedos y luego se lo devolvió a su portador.

—Sí, hay metal en el interior —convino—. ¿Sabes lo que pienso, Dessie?

—¿Se te ha ocurrido alguna idea?

—Ese sobre es una bomba.

Field respingó.

—¡Demonios! Oh, perdona la palabra...

Ulla rió suavemente.

—Resulta lógico decir una cosa así —manifestó—. Aunque tal vez no sea una bomba.

—Entonces...

—Una muestra de metal.

—Pudiera ser —murmuró Field con aire reflexivo—. Tal vez una aleación nueva... acaso una nueva especie de blindaje, un metal superligero y superresistente... La fórmula podría proporcionar millones a alguien, Ulla.

—Sí, pero ¿a quién?

—¿No crees que Symon Koppel puede decimos algo al respecto?

Ulla sonrió.

—¿Te fías de mí? —preguntó.

Field le tendió el sobre.

—¿Quieres guardarlo?

Ella lo rechazó con suave ademán.

—Mañana compraré dos pasajes de avión para Viena —dijo.

—Ah, los gastos por tu cuenta.

—No, hombre, ya me darás el dinero que te corresponda.

—Yo pagaré todos los gastos. Me dieron dinero en abundancia.

—¡Qué bien! Va a ser una excursión maravillosa.

Field suspiró.

—Espero no tener tantos contratiempos como en Bruselas —deseó, a la vez que se dirigía hacia la puerta—. Ulla, más que alegrarme de haberte conocido, me alegro de que no me guardes rencor.

—Tú no tuviste la culpa, Dessie —respondió la joven llanamente.

Aunque tarde, Field cenó en el comedor del hotel. Luego subió a su habitación, mientras procuraba hallar una explicación lógica para los acontecimientos de que había sido protagonista desde su llegada a Bruselas.

Abrió la puerta. Inmediatamente, apreció que alguien le esperaba.

—Se ha retrasado un poco, Field —dijo el individuo que le apuntaba con la pistola.

—Lo siento. De haber sabido que me aguardaba usted, habría venido antes —contestó Field tranquilamente.

Otro hombre apareció de súbito. Era alto, de hombros cuadrados y parecía capaz de detener un camión pesado con una sola mano.

—Field, queremos el sobre que tiene —dijo el individuo de la pistola—. Nos disgustaría mucho emplear la fuerza para conseguirlo.

El joven separó los brazos.

—No tengo ningún sobre —contestó.

—Regístralo, Emil.

—Sí, señor Ewert.

—Es la primera vez que oigo ese nombre —dijo Field.

—El nombre completo es Alain.

—Encantado, Alain.

Emil se acercó a Field y le registró rápida y diestramente, quitándole la pistola.

—No tiene ningún sobre —exclamó a poco, desconcertado.

Ewert frunció el ceño.

—Lo habrá depositado en recepción, quizá —supuso.

—No he tenido jamás ningún sobre ni sé a qué se refieren —dijo Field calmamente.

—Como está mintiendo, no quiero perder el tiempo. Emil,

retuércelo un brazo.

—Sí, señor.

Emil se acercó de nuevo al joven. Súbitamente, Field movió el brazo derecho en semicírculo, como si fuese a golpear de revés la cara de su antagonista, pero, en realidad, con la mano recta y la palma hacia abajo. El filo de la mano golpeó sañudamente un labio superior.

Emil rugió y cayó arrodillado. Field levantó la pierna derecha y golpeó su tórax con la puntera del zapato. Emil empezó a dar saltos convulsivos por el suelo.

—Quieto —gritó Ewert—. Quieto o haré fuego.

Field le miró tranquilamente.

—¿Con ese pistolón? El disparo parecería un cañonazo —dijo.

—Quizá valga la pena correr el riesgo —contestó Ewert.

Field miró de reojo. Emil, en el suelo, parecía más calmado, aunque completamente preocupado por los dolores de su labio y la falta de respiración.

—Yo también voy a correr el riesgo de que dispare —dijo el joven, a la vez que avanzaba hacia Ewert.

CAPÍTULO V

Ewert empezó a levantarse. De pronto, Field tropezó con uno de los pies de Emil y cayó hacia adelante.

Era un truco. Ewert creyó en la realidad del tropezón y se dispuso a golpear la cabeza del joven con el cañón de su pistola, pero Field se contorsionaba ya en el aire. Sus manos asieron la muñeca de Ewert, en el momento en que los hombros tocaban el suelo.

Un instante después, Ewert volteaba por el aire y caía de espaldas, con tremendo golpazo, que lo dejó momentáneamente aturdido. Field se incorporó ágilmente. Había recobrado su pistola y la de Ewert se hallaba debajo de un sillón, en el rincón opuesto de la estancia.

Al cabo de unos momentos, Ewert se sentó en el suelo. Emil hizo lo mismo. Field les contemplaba burlonamente, con su pistola en la mano derecha y una copa en la izquierda.

—Parece que el panorama ha variado bastante —comentó irónico.

—No ha salido bien, en efecto —admitió Ewert, con más calma de la que era lógico esperar—. Otra vez será.

—Otra vez estaré prevenido y, como se dice en las películas del Oeste, dispararé primero y preguntaré después.

—Si le dejamos...

Ewert consiguió ponerse en pie.

—Alain, yo creo que debería tomar ejemplo de Peter Schmidt —dijo Field—. También quiso matarme y, ya ve, estoy vivo y coleando.

—¿Schmidt? ¿Qué ha sido de él?

—Tuvo muy mala suerte. Era de la banda, ¿eh?

Ewert sonrió de una forma extraña.

—Field, no cabe la menor duda de que nos ha hecho un gran

favor —dijo inesperadamente—. Pero, de todos modos, usted debe tener presente en todo momento que conseguiremos ese sobre.

Las cejas de Field se arquearon.

—Diríase que hay dos «bandas» rivales en lucha por la posesión del sobre —exclamó.

—Ha acertado, amigo. ¡Vamos, Emil! —apostrofó Ewert a su esbirro— ¡levántate de una vez!

El gorila consiguió ponerse en pie. Dirigió una mirada rencorosa a Field y luego, junto a su jefe, se encaminó hacia la puerta.

—¡Un momento, Alain! —exclamó Field de pronto.

Ewert se volvió a medias.

—Hable —indicó.

—Es cierto que me dieron un sobre y que yo lo he escondido. Pero ¿qué diablos contiene?

—A mí también me gustaría saberlo —respondió Ewert.

—Vamos, vamos, Alain, no trate de engañarme...

—Le he dicho la verdad, Field.

—Entonces, ¿quién diablos es su jefe?

—Eso sí que no se lo diré. De todas maneras, tenga por seguro que volveremos a vernos. Tarde o temprano, tendrá que llevar el sobre a su destinatario.

—Su destinatario era Darlton y ha muerto.

Los ojos de Ewert se abrieron desmesuradamente.

—¡No! —exclamó.

—Sí. ¿Lo conocía usted?

—En efecto. ¿Ha sido usted quien...?

—No. Fueron Schmidt y su amigo, a quien no tuve el gusto de conocer más que breves instantes.

Ewert se quedó pensativo unos segundos.

—Gracias, Field —dijo al cabo—. Pero seguimos empeñados en conseguir el sobre. Adiós.

—Adiós.

Al quedarse solo, Field dejó la pistola a un lado. Vació la copa de un trago y luego cerró la puerta con doble vuelta de llave. No le había importado mencionar las muertes de Schmidt, Darlton y el otro individuo. Dada la clase de tipos que eran Ewert y su esbirro, lo que menos harían sería acudir a la policía.

Sacó una agenda de notas del bolsillo y consultó un número de

teléfono. Levantó el aparato, marcó las cifras correspondientes y esperó unos momentos.

Al fin sonó la voz de Ulla Moentsch:

—¿Sí?

—Preciosa, si estabas en la cama, lo lamento infinito, pero tengo que decirte algo muy importante.

—¿Grave? —se alarmó Ulla.

—Según se mire... Escucha, junto a la puerta tienes un bonito paragüero de cerámica. Mira en su interior y encontrarás un sobre que ya conoces. Mañana, a primera hora, lo pones en otro del tamaño adecuado y, si no lo encuentras, fabricas tú misma uno con papel fuerte y papel adhesivo. Escribes tu nombre y te lo envías a ti mismo a la Posada de los Tres Picos de Plata, en Kitzbühel. ¿Has comprendido?

—Sí, Dessie. De modo que el sobre...

—Empiezo ya a recelar hasta de mi sombra, así que se me ocurrió pensar que podía haber más gente interesada en el asunto. Cosa que comprobé al llegar a mi habitación en el hotel.

—Cuéntame, Dessie, por favor.

—Mañana, cuando nos reunamos a almorzar en el Brinvillac. Está en las inmediaciones del Parque de Bruselas, calle Montaigne du Pare. Para entonces, tendrás ya el sobre en el correo y los dos pasajes de avión a Viena. ¿Entendido?

—Sí, Dessie.

—Eso es todo, nena. Que descanses.

Field dejó el teléfono en la horquilla. Después de ponerse el pijama, se tendió en el lecho, con un cigarrillo encendido. Volvió a pensar en todo lo sucedido, tratando de establecer un nexo de unión entre los distintos acontecimientos de que había sido testigo y también protagonista.

Todo parecía muy complicado, se dijo. Sin embargo, debía de tener una solución hartamente simple.

—Lo que pasa es que no sé encontrarla —dijo, a la vez que apagaba la luz, un buen rato después. Apartó de su mente aquellas preocupaciones y logró conciliar el sueño a los pocos momentos.

—No cabe duda —dijo Field, cuarenta y ocho horas más tarde, mientras el coche alquilado en Viena les conducía a Kitzbühel—. Esto es el Tirol.

—El Tirol —repitió Ulla—. Oye, ¿sabes que se me ha ocurrido una idea?

—¿Por qué no lo dices en voz alta?

—La contraseña, hombre. «Lorit» es lo mismo que Tirol, sólo que a la inversa.

—Vaya, qué listeza —se burló él.

—No te vayas a creer. ¿Cuántas personas pueden utilizar esta contraseña? Dos, ¿verdad?

—Contándote a ti, somos tres...

—Pero es una contraseña que debía identificar a Darlton y a Koppel.

—Uno y uno son dos, claro —sonrió Field—. Bueno, si no me equivoco, ahí tenemos la Posada de los Tres Picos de Plata.

—¡Vaya, son tres cumbres montañosas! Y yo que había llegado a pensar que se trataba de picos de ave...

Field se echó a reír, al tiempo que detenía el coche frente al gran edificio, de arquitectura típicamente regionalista, con tejado inclinado y fachada en la que abundaba la madera artísticamente trabajada. El nombre era de posada, pero, en realidad, se trataba de un excelente hotel.

Ulla se apeó del coche, a la vez que un obsequioso portero se precipitaba a ayudarles. La temporada invernal había terminado hacía mucho y ya no se veía nieve sino en las montañas, ni tampoco se veían los alegres y multicolores grupos de esquiadores. Pero había bastante gente, turistas atraídos por la singular belleza de los paisajes alpinos, no sólo los contiguos a Kitzbühel, sino los de las comarcas vecinas.

Field y la muchacha cruzaron el vestíbulo y se acercaron a la recepción. Ulla dio su nombre.

—Oh, sí, señorita Moentsch, tenemos reservada su habitación —confirmó el empleado.

Luego miró al joven.

—Yo me llamo Darlton —mintió Field.

—Darlton... Oh, sí, señor Darlton. Por cierto, tenemos una carta para usted.

—¿Y habitación? —preguntó el joven.

—Desde luego. Aquí está su carta, señor Darlton.

Field se echó el sobre al bolsillo. Después de los trámites

correspondientes, el recepcionista les entregó las llaves.

—Son habitaciones contiguas. Tienen puerta de comunicación —dijo, con maliciosa cortesía.

Field puso en su mano un billete de veinte chelines austríacos.

—Muy amable —dijo.

El botones subió los equipajes. Al ir a entrar en su habitación, Field se volvió hacia la muchacha.

—Te veré a la hora de cenar, Ulla.

—Está bien.

Field dio una propina al botones. Luego cerró la puerta y sacó el sobre del bolsillo.

Estaba dirigido a Henry Darlton. Field lo rasgó, extrajo una cuartilla doblada de su interior y la desplegó.

Había un mensaje muy escueto:

«El 14, a las dos de la tarde, en el teleférico de la Rester Hohe».

Field consultó mecánicamente el calendario de su reloj de pulsera. Estaban a 12; por tanto, tenía casi dos días de tiempo.

De pronto, llamaron a la puerta de comunicación. Field descorrió el cerrojo.

Ulla asomó la cabeza.

—¿Qué dice la carta? —preguntó.

Field se la entregó. Ulla leyó rápidamente el contenido del mensaje y luego le miró.

—No es demasiado —comentó.

—Por lo visto, Koppel no quiere que la entrevista se celebre en lugares demasiado concurridos.

—Dessie, temo que tú no conoces el teleférico de la Rester Hohe.

—No puede ser muy distinto de los demás, preciosa. Un cable, una cabina que cuelga y que sube o baja... A veces va llena de gente y en ocasiones está vacía.

—Creo que comprendo —sonrió Ulla.

—Lo celebro. Ponte guapa para la cena.

—Sí, Dessie. Ah, una cosa.

—Dime, Ulla.

—¿Crees que debo ir yo también contigo?

—Juntos, no. Tendremos que alquilar otro coche para ti.

—Como quieras, Dessie.

Field se vistió corrientemente para la cena. Ulla, en cambio, se puso un traje largo, rojo fuego, sin espalda, con un escote muy audaz, pero, al mismo tiempo, poco insinuante.

—Estás guapísima —dijo él.

Ulla se ruborizó ligeramente.

—Gracias, Dessie —contestó.

—¿Tienes prometido?

—Lo tuve. Rompimos hace un año.

—¿Por qué?

—Acabábamos por descubrir que no congeniábamos. Sucede con frecuencia, Dessie.

—¿Lo lamentas?

—Lo lamentaría si lo hubiese descubierto después de casada.

—Eso sí es verdad.

De pronto, tres hombres entraron en el comedor. Los tres vestían traje negro y corbata de lazo. El del centro era muy fornido, aunque de mediana estatura y completamente calvo. «O se afeita la cabeza», pensó Field.

En todo caso, era un sujeto de carácter duro y autoritario, según expresaba su rostro. Los dos que le acompañaban tenían aspecto de guardaespaldas.

De pronto, Field sufrió una sacudida.

Ulla lo advirtió.

—¿Qué te sucede? —preguntó.

—Es... increíble... —contestó él.

—¿Qué es lo que no se puede creer?

Field lanzó una maldición en voz baja. Ulla alargó el pie para golpearle la espinilla con la puntera de su zapato.

—Cuidado, estás en presencia de una dama —dijo.

—Lo siento. Fíjate en el más alto de los tres, el del pelo color de la paja.

—Sí —dijo Ulla, pasados unos instantes.

—Me gustaría preguntárselo, pero, como puedes comprender, no debo hacerlo. Quizá también Peter Schmidt tenía un hermano gemelo.

Los tres hombres se habían sentado en una mesa situada a cierta

distancia de la ocupada por la pareja. El maitre les atendía ya.

—Dessie, hemos de enterarnos de quiénes son esos sujetos —dijo Ulla—. No sé por qué, pero sospecho que también andan a la busca y captura del sobre.

—Pudiera ser —convino él.

—El sobre no ha llegado todavía. Nosotros hemos sido más rápidos. De todos modos, antes de preguntar mañana en recepción, me aseguraré de que ninguno de esos tres sujetos merodea por el vestíbulo.

—No es mala idea, aunque yo te voy a dar otra mejor, Ulla.

La joven aprobó el plan de Field, después de que éste lo hubo explicado.

—Dime, ¿cuándo lo pondrás en práctica?

—Mañana, a las ocho de la mañana.

CAPÍTULO VI

A las ocho y cuarto del día siguiente, un botones entregó al recepcionista un sobre dirigido a Ulla Moentsch. El sobre fue a parar al casillero correspondiente.

Ulla salió a dar un paseo a las diez de la mañana y volvió a las doce. Preguntó en recepción si tenía correspondencia, recibió el sobre, dio las gracias, lo guardó en su bolso y se encaminó hacia el ascensor.

Minutos después, llamaban a la puerta de su habitación.

—¿Quién es? —preguntó.

—Un telegrama para la señorita Moentsch —contestó alguien desde el pasillo.

Ulla abrió. El gemelo de Peter Schmidt la apuntó con una pistola.

—Atrás —ordenó.

Ella retrocedió.

—No tengo mucho dinero...

—No quiero dinero. ¿Dónde está la carta que le han entregado hace unos minutos?

—¿Una carta?

—Sí.

—En el bolso. Oiga, son fotografías familiares...

Schmidt sonrió sarcásticamente.

—¿Me ha tornado por tonto? —De pronto, reparó en el bolso, situado sobre una silla, junto a la entrada, y movió la pistola—. Váyase al fondo, al lado de la cama.

Ulla obedeció. Schmidt abrió el bolso, extrajo el sobre y lo guardó entre la camisa y el pantalón. Luego, con una sola mano, se abrochó la chaqueta.

—Preciosa, si dice una sola palabra de esto, cuente que le volaré los sesos —se despidió Schmidt.

Ulla guardó silencio. Schmidt desapareció de su vista y entonces ella corrió a cerrar la puerta.

Luego se precipitó hacia la de comunicación y tocó con los nudillos. Field abrió casi instantáneamente.

—El plan ha resultado perfecto —dijo Ulla, con los ojos muy brillantes.

Field sonrió.

—Hasta las dos de la tarde, no llegará el correo de Viena. Hoy, seguramente, tendremos el sobre auténtico —contestó.

De pronto, agarró a la joven por una mano y tiró de ella hacia la ventana. Tres hombres salían del hotel en aquel momento.

—Bye, bye —dijo Field irónicamente.

Ulla se echó a reír.

—¿Qué dirán cuando abran el sobre y no encuentren otra cosa que un puñado de recortes de periódico?

—Quizá ellos no digan nada, Ulla.

—¿Cómo?

—Posiblemente, tienen la misión de conseguir el sobre, pero también de entregarlo intacto. No sé a quién, desde luego, aunque me imagino que ese sujeto, sea quien sea, no está en Kitzbühel. Sólo tienes que fijarte en la prisa que llevaban al salir del hotel.

—Sí, eso es cierto. Pero pueden volver...

—En tal caso, estaremos prevenidos.

De pronto, Field se dio cuenta de que aún tenía la mano de Ulla sujeta por la suya. Volvió la cabeza, miró a la joven y sonrió.

—Me gustaría besarte —dijo.

Ulla entornó los ojos.

—Inténtalo —murmuró.

Fue una intentona coronada por el más completo éxito.

Después de atravesar el paso de Thum y Mittersill, Field detuvo su coche a un lado de la carretera. Ulla, que le seguía en el suyo, se paró a su lado.

—Estamos a dos kilómetros del teleférico —dijo él—. Recuerda mis instrucciones.

—Sí, Dessie.

—Yo subiré en una cabina. Tú en otra, la número dos después de la mía.

—Entendido.

—Tienes la cámara. No te olvides de tomar fotografías.

—De acuerdo. Pero ¿lo juzgas necesario?

—Al menos, no estorbarán.

—Como quieras. Suerte, Dessie.

Field sonrió y volvió a su coche. La preocupación por su encuentro con Koppel en la cabina de un teleférico le hacía olvidarse por completo del esplendoroso paisaje que se desarrollaba ante su vista.

«Y todo esto lo hago yo ¿por qué?», se preguntó.

En realidad, debía haber devuelto el sobre a su remitente. Pero la muerte de Harriet Jackson, la ardiente y simpática pelirroja, probablemente una víctima de las circunstancias, le impulsaba a seguir adelante.

Alguien. —¿Brooks?— había asesinado a aquella muchacha. Tarde o temprano, el asesino pagaría su crimen.

Poco después, paraba su coche en la explanada donde se hallaba la estación de partida del teleférico. Consultó su reloj: faltaban dos minutos para las dos de la tarde.

Sacó un billete. A las dos en punto, una cabina estaba dispuesta para subir al mirador desde el que se contemplaban tres de las cimas más altas de aquella región alpina. El Grossglockner, con sus tres mil ochocientos metros, se enseñoreaba del panorama, blanco en las cumbres, azul esplendente en el cielo sin una sola nube y verde con distintos matices en las laderas de las montañas y en el valle. Pisó la cabina, descubierta, y cuando el vehículo se disponía a arrancar entró un individuo.

El hombre se situó al otro lado de la cabina, cuya ascensión se inició de inmediato. Field simuló no hacerle caso.

Era un sujeto algo mayor que él, unos treinta y cinco años, de pelo negro y cejas muy espesas. Tenía aspecto de exboxeador.

El suelo empezó a alejarse. La cabina se halló muy pronto a doscientos metros de altura.

De súbito, el hombre dijo:

—Usted no es Darlton.

—Darlton ha muerto —contestó Field sin volverse.

La siguiente cabina estaba a ciento cincuenta metros de distancia. En aquellos momentos, Ulla subía a la otra.

—¿Lo mató usted?

—No.

—Me gustaría creerle.

—A mí no me quita el sueño su forma de pensar. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Koppel.

—Usted no es Koppel.

Sonó una risita.

—¿Cómo lo ha adivinado, si no le conoce en persona?

—Lo siento. Prefiero reservarme la respuesta.

—Amigo, Koppel le espera a usted, pero, sea quien sea, no se encontrarán jamás.

—¿De veras?

—Se lo voy a demostrar inmediatamente.

De súbito, el individuo saltó hacia adelante, con las dos manos extendidas, dispuesto a dar a Field un empujón y lanzarlo al vacío, por encima del parapeto de la cabina. En el mismo instante, Field daba un paso hacia atrás.

En su mano derecha estaba el pestillo de cierre de la puerta corredera, que retrocedió para dejar un hueco de casi un metro de anchura. Fallado el golpe, el hombre saltó al vacío.

Un horrible alarido descendió vertiginosamente. Con morbosa fascinación, Field asomó medio cuerpo y miró hacia abajo.

El individuo chocó contra un saliente rocoso, situado a ciento ochenta metros de distancia, y saltó de forma horripilante, para caer a continuación por un precipicio vertical de casi trescientos metros. Field corrió la puerta y se apoyó en la barandilla.

El viento soplaba ligeramente y se llevó el sudor que inundaba su frente. Había muchas formas de morir, pensó, y ninguna agradable, pero una caída desde la cabina del teleférico era horripilante.

Ahora tendría que dar muchas explicaciones de lo sucedido. Pero ¿tenía él la culpa de que un maniático hubiese elegido aquel procedimiento para suicidarse?

La empresa de alquiler de coches tenía una agencia en Mittersill y allí dejaron el de Ulla, a fin de regresar juntos a Kitzbühel. Cuando ya empezaban a ascender las primeras rampas del paso Thum, Field, silencioso hasta aquel momento, dijo:

—Gracias por tu colaboración, Ulla.

—Tenía que hacerlo —contestó ella—. ¿Pasaste miedo?

—Un poco. ¿Cómo te desenvolviste con la policía?

—Bien. En prevención de que se extrañasen de que habíamos ido en dos coches, cuando llegamos juntos desde Bruselas, dije que en Mittersill debía encontrarme con una amiga, para continuar el viaje nosotras dos. La amiga no ha llegado y yo vuelvo a Kitzbühel a esperarla, ya que acordamos que estaría allí, si no nos veíamos en Mittersill.

—Tienes ingenio, Ulla —reconoció Field.

—Era un punto que podía comprometerlos. ¿Cómo supiste que no era Koppel?

—«Elemental, querido Watson». No dio la contraseña...

—Oh, comprendo. Pero ¿dónde se habrá metido Koppel ahora?

Field hizo un gesto con la cabeza.

—Hay cosas que no acabo de entender —confesó—. A veces me parece tener la sensación de que somos dos marionetas a las que hacen ir de aquí para allá, con el objeto de encubrir fines que, por supuesto, no tienen nada de honestos. Ahora bien, de lo que sí creo estar seguro es de lo que hay en el fondo de esta trama infernal.

—¿Sí, Dessie?

—Espionaje industrial. En ocasiones, mueve más personal y dinero que el espionaje político o militar. Y quienes intervienen en uno de estos casos, suelen tener muy pocos escrúpulos, por no decir ninguno.

—Sí, estoy de acuerdo contigo. Basta recordar la plancha de metal que hay en la carta.

—Yo la tenía que entregar a Darlton y Darlton a Koppel. Quizá éste, a su vez, deba entregársela a otro y éste a otro... pero es que debe de ser el procedimiento más conveniente para que los enemigos pierdan la pista, ¿no te parece?

—Creo que sí —respondió Ulla.

—Y ahora tenemos a Ewert y Emil por un lado y a tres tipos más por otro, incluyendo en este segundo grupo al gemelo de Peter Schmidt. ¿Adónde iremos a parar?

Ulla se encogió de hombros.

—Esperemos a ver si Koppel da señales de vida —contestó.

—Sí, de momento no tenemos otra solución.

Poco después, llegaban al hotel. Al acercarse a recepción, el

empleado dijo:

—Ah, señor Darlton, hay una carta para usted.

—Muchas gracias —respondió Field, quien, en el hotel, seguía todavía figurando con el nombre de una persona muerta ya días antes.

En unión de la muchacha tomó el ascensor. Esta vez, Ulla, devorada por la curiosidad, entró directamente en la habitación de Field.

—Vamos, abre el sobre —pidió.

Field le dirigió una sonrisa.

—Estás a punto de explotar —comentó.

—No puedes imaginártelo...

Field rasgó el sobre y extrajo de su interior la carta, que decía:

«Día 16, a las 12.30, en el segundo mirador de las cataratas de Krimml.

»Lorit».

—¡Bueno, éste sí que es el verdadero Koppel! —exclamó Ulla, tras la lectura del mensaje.

—Así lo parece —sonrió Field—. Pero la cita no es sino hasta pasado mañana.

—Por tanto, tenemos esta noche y todo el día de mañana libres. ¿Qué hacemos, Dessie?

Field le puso las manos sobre los hombros y la miró intensamente.

—Ulla, yo maté a tu hermana —dijo.

La joven hizo un gesto negativo.

—No puedo reprochártelo —respondió—. Quizá algún día te lo cuente todo, pero, una vez más, debo insistir en que no te considero culpable en absoluto. Los culpables son muy otros, Dessie.

—¿Quiénes, Ulla?

Los ojos de la joven chispearon.

—Los traficantes en armas, los negociantes sin escrúpulos, los especuladores de monedas... todos éstos para los cuales las vidas humanas no tienen otro valor que el beneficio que su trabajo o su muerte pueda darles. Ésos son los verdaderos culpables... y a veces nosotros nos vemos atrapados en ese engranaje infernal, aunque no

lo queramos y ni siquiera lo sospechemos. Cuando disparaste contra Martha, obrabas de buena fe y además, defendías tu vida. Eso es lo que yo pienso, con toda sinceridad, Dessie.

Field atrajo a Ulla hacia su pecho. Ella se le abrazó estrechamente.

—De momento, me gustas mucho —añadió Ulla—. Quizá... algún día, esta simpatía se convierta en algo más.

—No me disgustaría —sonrió él. Y buscó sus labios, que Ulla le entregó con cálido apasionamiento, sin reservas de ninguna clase.

CAPÍTULO VII

El coche se detuvo en la explanada y, apenas se hubieron apeado, Field y Ulla se quedaron extáticos, contemplando la insólita belleza de los saltos de agua que caían desde cuatrocientos metros de altura.

Cientos de turistas iban y venían, subían y bajaban por el camino en zigzag que permitía el ascenso al punto más alto de las cataratas. Field hubo de confesarse a sí mismo que había visto pocas cosas más hermosas en los días de su vida.

—¿Qué te parece? —preguntó a su bella acompañante, después de unos minutos de silenciosa contemplación.

—Maravilloso. No se puede describir con palabras —respondió Ulla.

Field consultó su reloj.

—Pronto darán las doce —dijo—. Hay un buen trecho hasta el segundo mirador.

Ulla asintió. Inmediatamente, sin prisas, como dos turistas más, se acercaron al principio del zigzagueante camino que permitía una ascensión, si no rápida, sí cómoda, aunque también fatigosa. Pero no tenían prisa.

Poco a poco, fueron ganando altura. De cuando en cuando, Ulla tomaba algunas fotografías del paisaje.

—¿Qué hay de las que tomaste en el teleférico? —preguntó él.

—Las guardo en el equipaje. No me atrevo a entregarlas a un taller profesional.

—¿Me comprometen?

—Al menos, podrían ponerte en un apuro. Será mejor que no las vea la policía.

—¿Crees que pudo salir bien la cara del tipo que quería lanzarme al vacío?

—Eran trescientos metros. Aun con teleobjetivo... ¿Te interesa

ver su rostro?

—Podría resultar conveniente.

A medida que ganaban altura, escaseaban los turistas. La mayoría descendían, en busca del almuerzo.

Veinte minutos más tarde, alcanzaron el segundo mirador. El parapeto se proyectaba al aire y daba la sensación de hallarse directamente suspendido sobre la espumeante masa de agua que descendía desde ciento cincuenta metros más arriba todavía.

—Sepárate de mí —aconsejó él—. Es posible que Koppel no sepa nada. Pórtate como una turista.

—Está bien.

La plataforma del mirador era lo suficientemente amplia como para que los dos pudieran quedar apartados en la forma deseada por el joven. Faltaban más de cinco minutos para la entrevista y no se divisaba a nadie que pudiera parecer el hombre a quien aguardaban.

Varios turistas entraron en el mirador, comentaron el paisaje, tomaron algunas fotografías y se marcharon. Field miró su reloj una vez más.

Estaban a punto de dar las doce y media. Un hombre de mediana edad, algo cargado de hombros y apoyándose en un bastón para caminar, llegó al mirador.

El individuo miró hacia abajo unos momentos. Luego se volvió hacia el joven y sonrió.

—Bonito espectáculo —comentó.

—Sí, en efecto —convino Field cortésmente.

—Yo conozco otro paisaje mejor, aunque está muy lejos de aquí, en un pueblo llamado Lorit.

—He oído nombrar ese pueblo. Tal vez un día pueda ir a visitarlo.

El hombre le miró de nuevo.

—Darlton, ¿no?

—¿Koppel?

—Sí. Lo siento, no puedo hacerme cargo de la carta.

Koppel no reparó en el gesto de sorpresa que había aparecido en el rostro de Field.

—No he oído bien —dijo el joven.

Koppel parecía muy entretenido en cargar su pipa.

—Me ha oído perfectamente —dijo, después de las primeras bocanadas de humo—. Tohenstein y sus chicos me siguen constantemente. Por supuesto, éste no es mi aspecto habitual, pero no estoy seguro de haberles dado esquinazo.

—Ciertamente, están muy enterados de sus pasos. Anteayer, uno quiso hacerse pasar por usted.

—¿Sí? ¿Quién era?

—No lo sé.

—¿Qué fue de él?

—Trató de matarme, pero el que saltó del teleférico de la Rester Hohe no fui yo.

—Tipos peligrosos. Darlton, tenga cuidado con Tohenstein. Su nombre es Jo, abreviatura de Joachim. Ordinariamente, le acompañan Karl Schmidt y Heinz Prüdo. Son sus guardaespaldas, aunque, cuando conviene, también liquidan a alguien. El que cayó del teleférico debía de ser Jürgen Bosche, su asesino particular.

—Está usted bien enterado de las cosas, Symon.

—Me conviene. Y a usted también, Darlton.

Field se dijo que no era interesante revelar su verdadera personalidad. Por lo que podía apreciar, Koppel no conocía personalmente a Darlton.

—Bien, usted no quiere hacerse cargo del sobre. ¿Quién lo recogerá?

—¿Qué tal su memoria?

—Excelente.

—Entonces, apréndase esta dirección: Kerkstraat, 46, Amsterdam. El nombre es Lola van Kjinn.

—Un nombre que pega muy poco con el apellido —sonrió Field.

—Es una artista. Bueno, si yo fuese mujer, joven y guapa, también haría lo mismo que Lola. No se necesita ningún arte especial para quitarse prendas de ropa, con un poco de música de fondo.

—Ya —dijo el joven—. De modo que Kerkstraat, 46.

—Sí. Y cuidado con Jo Tohenstein.

—Lo tendré presente. Symon, todavía dos preguntas.

—Diga.

—Primera, ¿qué contiene el sobre?

—Algo muy importante.

—Eso ya me lo imagino...

—No puedo decirle más —cortó Koppel rápidamente—. Venga la segunda pregunta.

—En Bruselas, Field me habló de un tal Alain Ewert. ¿Lo conoce usted?

Koppel se volvió bruscamente hacia el joven.

—¡Cielos! —exclamó—. ¿También... Ewert?

—Eso parece.

—La cosa se complica más de lo que yo pensaba. Bien, de todos modos, vaya a ver a Lola van Kjinn.

—¿Sin contraseña?

—Dele mi nombre, será suficiente.

—Está bien.

Koppel recogió su bastón, que había colgado de la barandilla del mirador, y caminó hacia la salida, cojeando levemente. Por su parte, Field sacó un cigarrillo y se lo puso entre los labios.

Transcurrieron cinco minutos. Más turistas llegaron al mirador. Field hizo una seña disimulada a la muchacha.

Instantes después, se reunían en el camino y empezaron el descenso sin pérdida de tiempo.

—Una conversación larga —comentó Ulla.

—Sí.

—Y sustanciosa, según creo.

—Pero también irritante, Ulla.

—¿Cómo, Dessie?

—Luego te contaré. De momento, ¿quieres venir a Amsterdam conmigo o prefieres abandonar?

—No puedo abandonar, Dessie. ¿Qué sucede en Amsterdam?

—Koppel se siente muy vigilado y no ha querido el sobre. Por eso he de llevarlo yo a su próximo destinatario.

Ulla lanzó un hondo suspiro.

—Este sobre parece un billete falso —exclamó.

—Sí. Pasa de mano en mano y ninguno lo quiere... pero nosotros hemos cargado con él y ahora no podemos quitárnoslo de encima.

—¿Crees que nos convendría?

—Estoy deseando acabar con este maldito asunto.

—Yo también. Pero debemos seguir hasta el final.

—Por desgracia, así es.

Cuando llegaron abajo, se encontraron con un gran tumulto de gente.

—Pobre hombre —dijo una turista gorda y de rostro rubicundo.

—¡Un médico, pronto! —gritó alguien.

De súbito, Field se sintió atacado por un siniestro presentimiento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó al que tenía más cerca.

—No sé... Ese hombre se puso enfermo de pronto y cayó al suelo... Debe de ser un ataque cardíaco...

Field se abrió paso entre el círculo de curiosos. Inmediatamente, sufrió un fuerte estremecimiento.

Alguien se arrodilló junto al hombre caído. Tomó su muñeca izquierda y esperó unos momentos.

—Lo siento —dijo el médico, otro turista más de los numerosos que habían acudido a aquel lugar—. Este pobre hombre ha muerto.

Field se retiró discretamente. Ulla le miró y vio que estaba muy pálido.

—Koppel —musitó el joven.

Ulla sintió un escalofrío.

—¿Asesinado?

—Seguramente, se trata de un ataque cardíaco... —Sonó la voz del galeno en aquel instante.

Field agarró a la muchacha por un brazo y se la llevó hacia el automóvil.

—No es un ataque cardíaco, aunque sí se ha parado su corazón —dijo, mientras caminaban.

—¿Cómo?

—Lo verán más tarde. En medio de la multitud, nada más fácil, para un individuo resuelto, acercarse a su víctima y clavarle un punzón en la espalda. Si acierta, la muerte se produce en menos de treinta segundos.

—Horrible —murmuró Ulla.

Field abrió la portezuela del coche.

—Sí —convino.

De pronto, aquella misma noche, cuando acababa de cambiarse para la cena, llamaron a la puerta.

Field abrió. Un sujeto de cierta edad y aspecto agradable

apareció ante sus ojos.

—El señor Darlton, supongo.

—Sí.

—Me llamo Heigel. ¿Puedo pasar?

—Claro, señor Heigel.

Field se echó a un lado. Su brazo izquierdo pendía suelto, libre, a lo largo del costado. El lanzadardos estaba dispuesto.

—Me envía un amigo común —dijo Heigel.

—¿Su nombre, por favor?

—Ewert.

—Ah, sí, el buen Alain. ¿Trae algún recado suyo, Heigel?

—Traigo veinticinco mil libras esterlinas, en excelentes billetes del Banco de Inglaterra.

—¡Caramba, es una suma muy atractiva! Pero, que yo sepa, no le debo nada a Alain.

—Ewert quiere un sobre.

Heigel sacó un paquete del bolsillo interior de su chaqueta y lo dejó sobre una mesa y lo desenvolvió.

—Doscientos cincuenta billetes de cien libras —anunció.

—A cambio del sobre.

—Exacto.

Field se acercó a la mesa, envolvió de nuevo el dinero y lo entregó a su portador.

—Lo siento —dijo.

Heigel alzó las cejas.

—Asombroso. Un caso increíble de desprendimiento y desafecto hacia los bienes terrenales —comentó.

Field sonreía.

—Me conformo con poco —repuso.

—Entonces, ¿no hay sobre...?

—Heigel, le diré una cosa. Si piensa buscarlo por alguna parte, aquí, en mi equipaje o en el coche, perderá el tiempo. Ese sobre está ya volando hacia alguna parte.

—¿Puedo saber adónde?

—Liverpool.

—Una mentira muy bonita.

—Tómelo como guste. ¿Quiere empezar el registro ahora mismo?

Heigel se encaminó hacia la puerta. Al llegar allí, giró en redondo y se encaró con el joven.

—Tengo amigos en Kitzbühel —manifestó—. Alguno de ellos me dirá adónde ha ido a parar ese sobre.

—Es posible —admitió Field sin pestañear.

—Por lógica, voy a creer en el envío de ese sobre a alguna parte. Pero lo averiguaré muy pronto... y el teléfono es siempre más rápido que el avión. Alguien llegará a una oficina de Correos antes que Red Boy Darlton.

Field hizo un gesto con la mano.

—Entonces, adelante. Y salude a Alain en mi nombre. Dígale que Red Boy tiene muchas ganas de tomar una cerveza con él.

—Se lo diré, no le quepa la menor duda.

Heigel abandonó la habitación. Instantes después, se abrió la puerta de comunicación.

—Lo he oído todo —dijo Ulla.

—Curiosa —le reprochó él, sonriendo.

—Ya era hora de que nos enterásemos del verdadero nombre de Darlton, ¿no crees?

—Sí.

—Pero no has enviado el sobre por correo.

—Claro que no, preciosa.

—¿Puedo saber dónde lo tienes?

—Discúlpame. Ése es un secreto que ni tú misma debes conocer.

—¿Desconfías de mí? —Se encrespó Ulla.

—No, en absoluto. Pero desconfío de que puedan obligarte a hablar.

—Soy valiente...

Field se acercó a ella, le puso las manos sobre los hombros y la miró fijamente.

—Si estuvieses amarrada a una mesa... y alguien, con unas tenazas o unas tijeras... quisiera hacerte unos cortes o mutilar uno de los lugares más bellos de tu anatomía, ¿no te sentirías inclinada a hablar? ¿Protegerías con tu silencio a los que, posiblemente, no son sino unos criminales, de guante blanco si tú quieres, pero criminales al fin y al cabo?

Ulla se sintió sacudida por un fuerte estremecimiento.

—Dessie, es que pintas unos panoramas...

—Procuro ser realista, eso es todo. ¿Estás dispuesta para la cena?

—Me has quitado el apetito.

—¿Quieres que nos la suban a la habitación?

Un brillo especial apareció de pronto en las pupilas de la joven.

—Has tenido una idea magnífica —respondió.

—Eso significa que te vuelven las ganas de comer.

—Empiezan a volver, cariño.

Pero a la mañana siguiente, cuando despertó, Ulla se encontró sola.

Más tarde, bajó a recepción y preguntó por el señor Darlton.

La respuesta no podía ser más desconsoladora. El señor Darlton había partido, tras abonar su cuenta, sin dejar su nueva dirección.

CAPÍTULO VIII

El taxi que había tomado en el aeropuerto de Schiphol le llevó al hotel, en donde se inscribió con su verdadero nombre. Después de un baño y de un aconsejable cambio de ropa, bajó al comedor.

Más tarde, entretuvo el tiempo en la sala de fiestas del propio hotel. Pasadas las doce de la noche, salió y el portero llamó a un taxi.

El automóvil le llevó a lo largo de la Vijzelsíraat y, tras atravesar el puente de Keizersgracht, dobló a poco hacia su izquierda, para entrar en la calle Kerk. Momentos después, Field se apeaba frente al número cuarenta y seis.

Estudió la casa unos momentos. Bien, allí vivía Lola van Kjin. Seguramente, a aquella hora, estaría en su local.

El departamento de la artista era pequeño, pero decorado con buen gusto.

Field buscó y encontró licores. Llenó una copa con coñac y se sentó a esperar.

Pasadas las dos de la madrugada, oyó ruido en la cerradura de la puerta. El sueño se alejó en el acto de sus párpados.

Field oyó un vivo taconeó. De pronto, una hermosa morena apareció ante sus ojos.

Lola van Kjin le miró con curiosidad.

—Oiga, ¿no se habrá equivocado de piso? —preguntó.

—No —sonrió Field, a la vez que se ponía en pie—. En las cataratas de Krimml me dieron su nombre y su dirección.

—¿Le conozco?

—Él dijo que sí. Se llamaba Symon Koppel.

Lola pareció sentirse más aliviada.

—¿Qué hace el amigo Symon? —preguntó.

—Descansa en paz.

Ella respingó.

—Bromea —dijo.

—Hablo muy en serio, Lola.

—Lo han asesinado.

—Sabe adivinar las cosas —sonrió él.

Lola movió una mano.

—Póngame de beber —pidió.

—Sí, claro.

Field llenó dos copas.

—¿Esperaba esa muerte para Symon?

—Sé que andaba metido en negocios no muy limpios. Un día u otro tenía que acabar así.

Lola despachó su copa en un par de tragos. Luego se sentó, con el rostro muy serio.

—Era un chico excelente, muy simpático. Yo traté de llevarle por el buen camino, pero fracasé. Incluso estaba dispuesta por él a abandonar mi oficio.

—Y él no aceptó, por lo visto.

—Era un poco inconstante, todo hay que decirlo. A la larga, lo nuestro hubiera fracasado.

—Lo siento, Lola. Oiga, ¿ése es su nombre auténtico?

Ella sonrió tristemente.

—No, claro. Mi verdadero nombre es Marijke. Pero tengo el pelo y los ojos negros y ando diciendo por ahí que mi madre era española. No es cierto, desde luego. Sin embargo, resulta en la profesión.

—¿Le gusta?

—Gano dinero. —Lola se encogió de hombros—. Oiga, aún no sé su nombre...

—Llámame Dessie. El nombre completo es Desmond Field.

—Inglés.

—En efecto.

Se oyó un hondo suspiro.

—¿Tenías que entrar en mi casa subrepticamente para comunicarme la muerte de Symon? —preguntó ella.

—Symon me dio un encargo para ti.

—Entonces, le viste antes de morir.

—Hablamos media hora antes de su muerte. ¿Te dijo él que vendría a verte?

—No, en absoluto.

—Bien, Lola, creo que debemos ser sinceros el uno con el otro. Yo estoy aquí para entregarte un sobre, de parte de Koppel. ¿Qué sabes del asunto?

—¿Un sobre? ¿Alguna carta suya?

—No. Contiene... importantes documentos.

—Te lo juro, Dessie. No sé nada.

Field entornó los ojos.

Lola era sincera. Pero Koppel, sin duda, había confiado en ella, precisamente basado en la amistad que los unía.

Alguien, pensó, se presentaría a recoger el sobre. De pronto, se puso en pie.

—Lola, me convendría muchísimo que mañana no fueses a trabajar —dijo.

Ella le miró muy asombrada.

—¿Por qué dices eso? —preguntó.

—Hazlo por Symon. Tal vez de este modo llegues a vengar su asesinato.

—Dessie, no me metas en jaleos...

—Por favor, no te voy a pedir nada malo. Sólo quiero que te quedes veinticuatro horas seguidas en casa. Es decir, a partir de mañana, a las nueve de la mañana.

—¿Qué harás tú?

—Vendré a esa hora y esperaré... al que ha de venir a recoger ese sobre.

Lola le dirigió una extraña mirada.

—Dessie, ¿por qué no te quedas ya? —sugirió, incitantemente.

Field se encaminó hacia la puerta.

—He tenido un día muy ajetreado —contestó—. Necesito descansar.

—Como quieras.

Antes de salir, se volvió y miró a la artista de la cabeza a los pies.

—Symon tenía buen gusto, pero le reprocho su inconstancia —se despidió.

A las nueve en punto de la mañana, llamó a la puerta del piso de la artista. Lola acudió a abrir, con los ojos cargados de sueño.

—¿Por qué no entraste como anoche? —se quejó.

Ella vestía un liviano camión de encajes negros, muy corto. Field le dio un cariñoso cachete.

—Anda, vuélvete a la cama. Yo te llevaré el desayuno.

—¡Qué gusto! —exclamó Lola, vivamente complacida.

Field se quitó la chaqueta, se subió las mangas de la camisa y entró en la cocina.

—Café, mermelada, galletas, un huevo pasado por agua, mantequilla y dos tostadas —gritó la artista, desde el dormitorio.

—Lola, ¿puedo ser franco contigo?

—Sí.

—Si sigues por ese camino, te vas a poner... como el animal más típico de Holanda. ¿Sabes cuál es?

—¡La vaca! —rió ella estruendosamente.

—Bueno, allá tú con los problemas de tu línea.

Field empezó a preparar el desayuno sin más dilación. Minutos después, entraba en el dormitorio.

—Te lo aseguro —dijo Lola—. La línea no me preocupa en absoluto.

—Hay mujeres con suerte, en efecto. Pero eso lo dices ahora que eres joven.

—Tengo veintisiete años. Dentro de diez, empezaré a preocuparme por mi dieta.

Lola atacó el desayuno con feroz apetito. Sentado en una butaca, frente a ella, Field se limitó a tomar una taza de café.

Al terminar, la artista se pasó una mano por el estómago.

—Ahora me siento mucho mejor —sonrió—. ¿Tienes empleo?

—Según...

—¡Te contrato como cocinero!

—Eres una chica estupenda, pero no me gustan los empleos fijos.

—Me desilusionas, Dessie.

—Lo siento. Estoy aquí por cuestiones de trabajo.

—Ah, sí. —Lola se puso seria de pronto—. Anoche hablaste de un sobre.

Field metió la mano en el bolsillo y lo dejó sobre la mesita.

—Entrégalo cuando te lo pidan —dijo.

—¿Sólo eso, Dessie?

Field se acarició el mentón pensativamente.

—Quizá te ayude a vestirte —dijo—. Pero sigue ahí hasta que te lo indique.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó.

Field se llevó la bandeja a la cocina.

—Lola, háblame de Symon —pidió casi a gritos.

—No sé qué puedo decirte...

—Por ejemplo, los trabajos que realizaba.

—¡Oh!, comprendo. Dessie, nunca fue muy explícito..., a veces, me pedía prestados cien florines, pero en ocasiones sacaba verdaderos fajos de billetes. Nunca supe del todo lo que hacía.

—Bueno, cuéntame lo que recuerdes.

—Una vez me dijo que era mensajero y que le pagaban bien, aunque no mencionó la clase de mensajes que llevaba y traía. Otra vez, estaba algo bebido, dijo algo de un sobre que contenía unos planos muy importantes, de una máquina nueva...

«Espionaje industrial, no cabe la menor duda», pensó Field.

—¿Hace mucho tiempo de eso?

—Oh, un par de años, por lo menos. Francamente, a no quise después hacerle más preguntas sobre el particular. Sé que viajaba mucho, eso es todo.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo en Amsterdam?

—Dos meses, día más día menos.

—Y no mencionó nunca el sobre que yo he traído.

—Es la primera vez que me pide algo parecido. Jamás lo hizo antes.

—Comprendo. Lola, después de que te hayas bañado, avísame.

—¿Cómo?

Field asomó la cabeza por la puerta del dormitorio y sonrió.

—Hoy vas a tener ayuda de cámara. Lo digo porque soy hombre; si fuese mujer, sería tu doncella —dijo.

Lola se echó a reír. Luego agitó una mano, en dirección a otra puerta.

—Jenkins, tenga la bondad de prepararme el baño —ordenó.

—Bien, *milady* —contestó el joven, a la vez que se inclinaba con toda seriedad.

Media hora más tarde, Lola anunció que ya estaba lista. Field le entregó un sujetador y unos pantaloncitos.

—Después, intervendré yo —dijo.

Discreto, aguardó a que ella se hubiese puesto las dos prendas. Al terminar, se acercó a Lola con algo en las manos.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Seguramente, te dará calor, pero debes llevarlo bajo el *pullover* de cuello cerrado que ya te he preparado.

Lola se puso muy seria.

—Temes algo malo —adivinó.

—A decir verdad, sí.

Sobrevino un instante de silencio.

—¿Crees que debo ponérmelo? —preguntó ella al cabo.

—Sí.

—De acuerdo. —Lola suspiró—. Dessie, tengo un miedo espantoso.

—Quizá no suceda nada... pero conviene estar prevenidos. En Londres estuve hace días con una muchacha. No creí que ella tuviese nada que ver con estos asuntos, pero la mataron casi en mis narices. De haber tenido la más mínima sospecha de lo que podía pasar, Harriet estaría viva todavía.

—¡Ah!, se llamaba Harriet.

—Ése era su nombre. Anda, vamos, no perdamos más tiempo.

Lola terminó de vestirse, ayudada por el joven.

—Es terriblemente incómodo —dijo.

—Pero absolutamente seguro. Yo mismo lo he probado.

—¿De verdad?

—Por tres veces y a bocajarro.

—El otro se llevaría un chasco tremendo.

—Le duró muy poco. Un minuto o menos.

Al terminar, Lola se volvió hacia él y le abrazó ardientemente.

—Me gustas —dijo, después de un beso volcánico.

Field sonrió.

—Nena, las efusiones para el momento en que haya mayor tranquilidad —dijo.

El día transcurrió lento, incluso tedioso. Al anochecer, cuando Field desesperaba ya de la bondad de su plan, sonó el timbre de llamada.

CAPÍTULO IX

En aquellos momentos, Lola estaba muy entretenida con una novela policíaca. Alzó la cabeza y consultó con la mirada a su huésped.

—Anda y no temas —dijo él.

Lola se puso en pie. Field buscó la posición elegida desde el primer momento.

La puerta se abrió. A través de la rendija de las cortinas que le servían de escondite, Field oyó una voz masculina:

—¿Señorita Van Kjinn?

—Sí, yo misma. ¿En qué puedo servirle?

—Soy amigo de Symon Koppel.

—¡Ah!, entre, por favor.

Field contuvo un gesto de sorpresa.

—Karl Schmidt —murmuró, al reconocer al visitante.

Lola cerró la puerta y se volvió hacia Schmidt.

—Usted dirá —sonrió.

—Symon me dijo que le guardaba un sobre. Vengo a buscarlo.

—Mírelo, ahí está, sobre esa mesa.

—Gracias, señorita.

Schmidt se inclinó, recogió el sobre y lo guardó en el bolsillo interior derecho de su chaqueta. Casi con el mismo gesto, sacó una pistola con silenciador y disparó una vez contra Lola.

Ella lanzó un grito y cayó de espaldas. En el mismo instante, se oyó otro ruido sordo.

Schmidt giró con terrible violencia, a la vez que soltaba la pistola y se agarraba la muñeca derecha, atravesada por un inesperado proyectil.

—Hola —dijo Field, con la sonrisa en los labios—. Lola, puedes levantarte —indicó.

La artista se sentó en el suelo.

—Parece que me hayan dado una coz —se quejó.

—Sí, luego duele un poco. Pero estás viva.

Schmidt tenía los ojos desmesuradamente abiertos. La sorpresa le hacía, incluso, olvidarse del dolor de la herida.

—Lleva puesto un chaleco blindado —exclamó.

—Tu hermano cometió el mismo error. Si él hubiese llevado también un chaleco blindado, a estas horas seguiría vivo.

—Lo tendré en cuenta —dijo Schmidt.

—Dudo mucho de que puedas ponértelo.

La pistola de Field apuntó directamente a la cabeza del sujeto.

—Lola dirá que entraste a robar y que yo la defendí —añadió.

El rostro del pistolero se puso lívido.

—¡Va a matarme! —gritó, espantado.

—Sí.

—¡Aguarde, no dispare...!

—¿Vas a hablar?

Schmidt se sentía lleno de terror. Lola contemplaba la escena con morbosa fascinación, también olvidada del dolor que le había causado el impacto de la bala y que, pese al chaleco protector, la había derribado al suelo.

—Sí —dijo Schmidt—. Hablaré... aunque no sé mucho...

—¿Qué contiene el sobre?

—Una muestra de un metal especial, inventado por un científico inglés... Sé que es muy resistente a la tracción y que, con la mitad de espesor, resulta un blindaje tan efectivo como el acero...

—Lo cual, lógicamente, vale mucho dinero.

Schmidt asintió.

—¿No podrían ponerme una venda? La muñeca me duele a rabiar...

—Aguarda un poco todavía. Todo esto te lo ha dicho Jo Tohenstein, claro.

—Sí.

—Pero Tohenstein no trabaja por cuenta propia.

—Le contrató alguien, aunque no nos lo dijo. No suele decir el nombre de las personas que le contratan, lo único que sabemos es algunos detalles de la misión y los honorarios, que siempre son muy altos.

—Probablemente, Tohenstein dice siempre que le pagan la

mitad de lo que percibe en la realidad —sugirió Field, burlón—. ¿Dónde está ahora?

Schmidt apretó los labios.

—Todavía no tienes segura la tapa de los sesos —añadió el joven con severo acento.

Schmidt citó una dirección.

—Anótala, Lola —ordenó Field. Y al pistolero le dijo—. Llámalo por teléfono y dile que todo ha resultado correcto.

—No puedo marcar el número...

—Lola lo hará por ti.

Schmidt recitó las cifras. Al terminar, ella le puso el aparato junto a la cara. En la nuca, Schmidt sentía el contacto de una pistola.

—Jefe —llamó el esbirro—, todo en orden.

—Ven inmediatamente.

—Sí, señor.

Field apoyó una mano en la horquilla del teléfono.

—Lola, busca un pañuelo, véndale la muñeca y dale el sobre —indicó.

Cinco minutos más tarde, Schmidt había desaparecido de la vista de la pareja.

—Todavía no puedo creer en lo que ha pasado —dijo ella.

Field sonrió.

—Aún van a pasar más cosas —aseguró—. Lola, ¿cuánto tiempo crees que tardará Schmidt en llegar a dónde se encuentra Tohenstein?

Ella hizo un rápido cálculo mental.

—Veinte minutos —respondió.

—Muy bien. Han pasado ya dos... Quedan dieciocho.

—¿Qué piensas hacer?

—Espera y lo sabrás.

—Dessie, el chaleco me molesta muchísimo...

—Ten un poco de paciencia. Te lo quitaré más tarde y yo mismo te daré un masaje en el sitio donde ha impactado la bala.

Lola le guiñó un ojo.

—Aceptaré la cura —contestó.

Field procuró medir el tiempo con la mayor exactitud posible. Transcurridos veinte minutos, alzó el teléfono y marcó el mismo

número que el pistolero.

—¿Quién es? —Sonó una voz de tonos desagradables.

—¿Tohenstein? Soy Field. Karl ha estado aquí, pero ha fracasado. Le he hecho «cantar», ¿sabe?

Field oyó una terrible maldición.

—Y Lola está viva. Llevaba puesto mi chaleco blindado —añadió.

El teléfono se cortó bruscamente. Field se encaminó hacia la puerta.

—¿Eh, adónde vas? —gritó la artista.

—Tengo que usar una cabina pública; no puedo comprometerte, llamando a la policía desde tu casa.

—Espera, te daré monedas —dijo ella.

Un minuto más tarde, Field marcaba el

75 91 11.

La respuesta fue instantánea:

—Central de policía de Amsterdam.

—Deseo informar de un asesinato que se ha cometido en el número 329 de Haarlemmerstraat. Acudan pronto, por favor.

—Sí, señor. Por favor, ¿quiere repetir...?

Field colgó el teléfono. Salió de la cabina y, silbando, regresó a la casa de Lola van Kjin.

Cuando llegó, ella le aguardaba sonriente.

—Bien, espero el masaje —dijo.

Field le guiñó un ojo.

—Primero he de quitarte el chaleco blindado —contestó.

—Será un placer —aseguró la artista.

Más tarde, Field, tendido lánguidamente en el diván, con la cabeza apoyada en el regazo de Lola, escuchó las noticias de la radio. El locutor informaba que la policía, avisada por un informador anónimo, había acudido a la Plaarlemmerstraat, para investigar acerca de un asesinato. Al llegar al lugar señalado, los agentes fueron recibidos a tiros por dos hombres, que habían muerto en la refriega, cuando los policías repelieron la agresión.

—Eres terrible, querido —dijo Lola.

—Estaba pensando en Harriet —respondió él, mientras hacía ascender a lo alto las volutas de humo de su cigarrillo.

—¿La querías?

—Sólo hablé con ella en una ocasión... me refiero a una conversación prolongada, naturalmente.

—Entiendo. Pero ¿fueron ellos los que la mataron?

—Si no lo hicieron, ¿a cuántos otros inocentes asesinaron?

—Tienes razón.

El locutor amplió la noticia referente a los sucesos de la Haarlemmerstraat. En la casa donde habían muerto los dos malhechores, se había encontrado el cadáver de un tercer individuo, encerrado en un baúl, muerto a consecuencia de un disparo en la nuca.

—Ya no hay gemelos Schmidt —comentó Field.

La mano derecha de Lola empezó a acariciar la mejilla de su huésped. Field se sintió invadido por una dulce somnolencia.

De pronto, Field despertó, hallándose solo en el diván.

Permaneció unos momentos inmóvil, suponiendo que Lola se hallaría tal vez en el baño. Oyó ruido de ropajes en el dormitorio y decidió aguardar en la misma postura.

Lola salió de pronto, taconeando vivamente. Iba ataviada de calle, con un gran bolso colgado del hombro izquierdo.

Field se irguió. Ella se detuvo en el acto.

—¿Adónde vas, Lola? —preguntó.

Ella estaba muy pálida. Su seno opulento se alzaba y descendía con inusitados vaivenes.

—Tengo que salir —se excusó.

—Quedamos en que avisarías a tu patrón de que hoy no irías a trabajar.

—Bueno, es cierto, pero... Tú estabas dormido y me pareció que...

Field lanzó una mirada a la mesa. Luego volvió los ojos nuevamente hacia la artista.

Lola enrojeció terriblemente. De pronto, abrió el bolso y sacó una pistola de pequeño calibre.

—No trates de impedirme la salida, Dessie —dijo—. Ahora no llevas puesto el chaleco blindado.

—Es verdad —contestó él sin pestañear—. ¿Te llevas el sobre?

—Sí.

—Has estado engañándome durante todo el tiempo —acusó Field.

—Lo siento. Ésta puede ser una buena ocasión para mí.

—¿Cómo lo sabes?

—Te seré franca. Hace algún tiempo, Symon me dijo que tal vez, un día, alguien podría venir a visitarme de su parte. Traería algo muy importante y me dio la dirección de la persona a la cual debía entregar... lo que fuese. Esa persona me pagaría en el acto cien mil florines, ¿comprendes?

—Perfectamente. Así que has estado aguardando la ocasión...

Lola rió estridentemente.

—No dirás que no me he comportado como una perfecta anfitriona —contestó.

—Sobre eso, no tengo la menor queja. ¿Dónde has encontrado el sobre verdadero?

—En uno de los bolsillos de tu chaqueta. Sigue en el dormitorio, pero no temas; tu documentación y tu dinero siguen intactos. —Lola volvió a reír—. ¿Por qué preparaste la comedia del sobre con recortes de periódico? —preguntó.

—Había dos posibilidades —contestó el—. Una, Schmidt podía limitarse a llevarse el sobre sin más. Dos, podía intentar cerrarte la boca, como así hubiera sucedido, de no haber llevado puesto mi chaleco.

—Pero cometiste el error de traer también el sobre auténtico. Claro que es algo tan importante que no se puede dejar en la habitación del hotel. En fin, Dessie, yo también tengo derecho a la vida.

—Sin duda alguna.

Lola empezó a caminar hacia la puerta, manteniendo a Field en todo momento bajo la amenaza de su pistola.

—No intentes seguirme —advirtió.

—Descuida, hermosa.

La mano izquierda de Lola tanteó el pomo y lo hizo girar. Luego empezó a abrir.

En el mismo instante, ocurrieron dos cosas: el filo de una mano aparecida inesperadamente, golpeó la muñeca de Lola y el arma saltó por los aires. A continuación, la puerta terminó de abrirse con tremenda violencia.

Alcanzada de lleno en las caderas, Lola salió disparada hacia adelante y cayó de bruces al suelo.

Antes de que pudiera levantarse, una mujer se precipitó en la sala y plantó su pie derecho en el centro de la espalda de Lola. Ulla Moentsch irguió su torso de walkyria, con aire victorioso, y con el pulgar derecho se apuntó a sí misma.

—Yo, Jane. Tú, Tarzán. Jane salvar a Tarzán de terrible peligro.

Field tenía la boca abierta. Lola intentó levantarse, pero el pie de Ulla se lo impidió.

—¡Vamos, tonto, cierra la puerta de una vez! —exclamó la recién llegada con acento imperativo.

CAPÍTULO X

—Parece que he llegado a tiempo —comentó Ulla, después de que Field se hubiese apoderado de la pistolita de Lola.

—Como el Séptimo de Caballería —rió él—. Lola, puedes levantarte.

La artista se incorporó. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Quién es esa fulana? —preguntó.

—Mi socio —contestó Field sin pestañear.

—Sabía que estabas aquí, ¿eh?

—Ya lo has visto. Ulla, toma la pistola; voy a terminar de vestirme.

—Ve tranquilo, Dessie —contestó Ulla.

Field caminó hacia el dormitorio y se puso la chaqueta. Con el chaleco blindado en una mano, volvió a la sala y miró fijamente a Lola.

—Siento haberte estropeado el negocio —dijo.

Lola hipó un poco y luego pareció calmarse. De pronto, Field reparó en su bolso, caído en el suelo, y se inclinó para recogerlo y abrirlo a continuación.

—Lola, voy a hacerte un favor —dijo—. Espero que sepas corresponderme.

—Yo no te daría a ti ya ni diez centavos...

—Calma, calma, todavía no he terminado de hablar. —Field entregó el bolso a la muchacha—. Ulla, saca de ahí un sobre y enseña a esta hermosa joven lo que hay en su interior.

—¡Dessie! ¡Es el sobre que tienes que entregar! —se alarmó Ulla.

—Haz lo que te digo, por favor.

—Está bien, tú mandas.

Ulla rasgó el sobre y extrajo de su interior una serie de recortes de papel, que envolvían un trozo de metal blanco y no demasiado brillante.

El fragmento de metal tenía forma rectangular y medía unos veinticinco centímetros de largo por quince de ancho. Field lo tomó con ambas manos y, apoyándolo por su parte media en el canto de una mesa, lo dobló fácilmente.

—Hojalata —dijo, escueto.

Tanto Ulla como la artista tenían los ojos desmesuradamente abiertos.

—Ho... jalata —repitió Lola.

—Sí. Había preparado dos sobres, uno de los cuales, que sólo contenía papeles, debía llevarse Schmidt, caso de no atacarte, como lo hizo. Ese primer sobre ya está destruido. Pero queda otro, que es el que acabas de ver abierto y que tú querías llevarte... ¿adónde, Lola?

—No te lo diré —contestó la artista hoscamente.

Field hizo un gesto reprobador.

—Hay mujeres que no aprenden ni siquiera con la experiencia —dijo—. Lola, tú ibas a llevar el sobre a alguna parte. No sé si lo hubiesen abierto delante de ti o lo hubiesen hecho después... pero sí estoy seguro de que, en ambos casos, estarías muerta. En el primero, porque se hubiesen dado cuenta de la falsedad del envío y no les habría gustado el engaño. Y, en el segundo, porque aun desconociendo todavía la falsedad del contenido del sobre, hubieran pensado que no convenía que les delatasen algún día. ¿Lo vas entendiendo ya?

Lola hizo un signo afirmativo con la cabeza. Impertérrito, Field sacó del bolsillo un fajo de billetes, contó algunos y los dejó sobre la mesita.

—Cuatrocientas libras esterlinas —agregó—. Aproximadamente, unos dos mil florines. No quiero que lo pierdas todo... pero, por favor, dime adonde ibas a entregar el sobre. Piensa en Schmidt... y piensa también en lo que te salvó la vida.

Field recogió de nuevo el chaleco y lo enseñó con la mano en alto. Lola, al fin, se encogió de hombros.

—Está bien, tú ganas —dijo—. Sí, creo que esto no hubiera salido bien para mí. Se llama Jean Colbert.

—¿Te lo dijo Symon?

Lola hizo un gesto afirmativo.

—Dijo que ese sobre valía una fortuna y que Colbert pagaría por

él lo que se le pidiera.

—Lola, la verdadera fortuna es estar viva. ¿Dónde podemos encontrar a Colbert?

—Bruselas, calle Brabant, 331.

Field y Ulla cambiaron una mirada.

—Lógico —dijo el primero.

—Sí —sonrió Ulla.

—Vámonos ya. Adiós, Lola; siento lo que ha ocurrido, pero consuélate pensando en que estás viva y que has sido una anfitriona maravillosa.

—De eso no me cabe la menor duda —dijo Ulla, cuando ya habían salido del piso—. ¿Se ha portado bien contigo esa lagarta?

—Psé...

—No te hagas el virtuoso. Vine al hotel y pasé casi veinticuatro horas, aguardándote sin que te dignases dar señales de vida. Apuesto algo a que lo has pasado muy bien en casa de esa fresca.

—Muy bien, en efecto.

—Y te marchaste de Kitzbühel sin despedirte siquiera de mí.

—No quería meterte en más compromisos.

—Dessie, tú sabes bien que yo estoy empeñada en seguir hasta el final, lo mismo que tú.

Ya estaban en la calle. Field abrió la portezuela del coche.

—Era mejor que yo viniese solo —insistió.

Se sentó tras el volante. Ulla, todavía enfadada, lo hizo en el asiento contiguo.

—Al menos, dime lo que has conseguido —pidió, cuando el motor se ponía en marcha.

—Primero, confirmar que se trata de espionaje industrial, ya que en el sobre hay una plancha de metal, cuya composición desconocemos, pero que no nos importa en absoluto. Segundo, la banda de Tohenstein está destruida. Todos sus miembros, es decir, Jo Tohenstein, Schmidt y Heinz Prüdo, están muertos, sin olvidar al hombre del teleférico.

—¡Los has matado tú! —Se aterró Ulla.

—¡Por Dios! —rió el joven—. Lo más que hice fue atravesar de un balazo la muñeca de Schmidt. Luego...

Field relató puntualmente lo sucedido. Al terminar, Ulla se reclinó cómodamente en su asiento.

—Hay algo que no comprendo —dijo—. ¿Cómo han tardado tantos días en dar señales de vida, después de que se llevasen de Kitzbühel un sobre falso?

—Probablemente, como ya he dicho algo al respecto, Tohenstein y los suyos tenían la misión de entregar el sobre, sin conocer su contenido. Claro está, lo entregaron y el contratante vio que estaba lleno de recortes de periódico, por lo que la banda de Tohenstein se puso nuevamente en campaña para encontrar el sobre auténtico. Debían de estar muy bien informados de todos los detalles de la vida de Koppel, porque supusieron, y acertaron, que yo me encontraría en casa de Lola van Kjinn. Tal vez volvieron a Kitzbühel a buscarnos y no nos encontraron... o quizá estuvieron vigilando la casa hasta tener la seguridad de que yo estaba en ella.

—Sí, parece lógico —admitió la joven—. Pero ¿quién es el destinatario de la carta?

—Ulla, tengo la sensación de que el círculo se cierra ya. Lola nos ha dado una indicación preciosa.

—La casita de la calle Brabant.

—Exactamente.

—Bueno, de Amsterdam a Bruselas hay menos de doscientos kilómetros. Podemos hacer el viaje en coche...

—«Tú» harás ese viaje en coche. Yo voy ahora al hotel, a buscar mi equipaje. Después volaré a Londres.

Ulla se volvió, sorprendida.

—¿Para qué? —exclamó.

—Te lo diré en su momento. Por ahora, lo único que puedo decirte es que considero imprescindible ese viaje.

—Pero ¿qué haré yo mientras?

—Esperarme en tu pisito de la calle Duquesnoy. No te preocupes, será cuestión de dos o tres días.

—Me aburriré, me pondré nerviosa...

—Enciende la televisión. Haz que te traigan comida y bebida, pero no salgas en absoluto de casa.

—Mandas demasiado, Dessie —se quejó Ulla.

—Lo hago por tu propio bien, créeme.

Ella lanzó un hondo suspiro.

—Confío en que aciertes —deseó—. Y, ahora que recuerdo, ¿dónde guardas el sobre auténtico?

Field sonrió maliciosamente.

—En un lugar que nadie debe conocer sino hasta el momento en que sepamos quién es su auténtico destinatario.

—Me siento terriblemente intrigada, Dessie.

—Yo también siento una gran curiosidad por saber quién empujó a tu hermana a convertirse en un asesino pagado, por lo que tuve que matarla —dijo Field, muy serio—. Y, también, quién es la persona que le contrató para eliminar a Hugo Dort.

—Sólo quedan dos posibilidades, Dessie.

—¿Sí?

—Colbert y Ewert.

—En todo caso, creo que pronto saldremos de dudas.

Veinticuatro horas más tarde, en Londres, Field se encontró con un antiguo conocido, al que le había encomendado una tarea un par de semanas antes.

Field estaba encaramado sobre un taburete, ante el mostrador de un pequeño bar, al que solía acudir con frecuencia. Era un lugar no lujoso, pero tampoco un tugurio. Su principal ventaja estribaba en la discreción del emplazamiento y de su interior.

Lytton Mallory se acercó a él y tomó asiento en un taburete contiguo.

—Un doble, sin agua —dijo, cuando el camarero le preguntó qué iba a tomar.

Field le ofreció cigarrillos. Mallory encendió uno.

—Lo he encontrado —dijo.

—¿Sí?

—Es cierto, se llama Brooks. El nombre es Nigel.

—¿Y...?

Mallory añadió algunos detalles más. Field sacó dos billetes de cien libras y los entregó discretamente a su informador.

—¿Está bien así?

Mallory sonrió.

—Perfecto —acabó su bebida y se bajó del taburete—. Buena suerte y buena caza, Dessie.

—Gracias, Lytton.

Field quedó en el mismo sitio, contemplando fijamente las volutas de humo de su cigarrillo. De pronto, se oyó el timbre del teléfono.

—¿Señor Field? —llamó el barman.

La mano del joven se alzó.

—Aquí —dijo.

El mozo acercó el teléfono. Field lo tomó y pronunció su nombre.

—Soy Herbson —dijo alguien al otro lado de la línea.

—¡Hola! —sonrió Field—. ¿Cómo ha ido todo?

—Dessie, tú tenías razón.

—Lo celebro. Ahora mismo iré a tu casa.

—Ten cuidado. Eso es... muy peligroso.

—No te preocupes. ¡Ah!, prepara la nota; he de pagarte el trabajo...

—Hombre, Dessie, esto es un favor que he hecho a un amigo.

—Robert Herbson, a mí me pagan por mi trabajo. Te has pasado casi dos días quemándote las pestañas, a causa del encargo que te he hecho, de modo que no puedo consentir que, además de hacerme un favor, pierdas dinero. ¿Está claro?

—Eres muy persuasivo —rió Herbson al otro lado del hilo telefónico.

Field devolvió el teléfono al camarero, junto con una buena propina. Meditó unos momentos todavía en el mismo sitio y luego, repentinamente decidido, salió a la calle.

CAPÍTULO XI

El hombre que abrió la puerta, después de la llamada, era de buena estatura, pelo claro y pupilas que parecían de hielo.

—Soy Desmond Field —se presentó el visitante.

Nigel Brooks arqueó las cejas.

—No tengo el gusto de conocerle —declaró.

—Ya nos conocemos —sonrió Field—. ¿Puedo pasar?

—Le atenderé sólo cinco minutos. Tengo que salir.

—Quizá me sobren tres de esos cinco minutos, Brooks. La verdad, para indicarle dónde está enterrada Harriet Jackson y decirle que vengo de llevar unas flores a su tumba, no se necesita mucho tiempo.

Los labios de Brooks se contrajeron.

—No sé de qué me habla —dijo.

—Brooks, aunque ya no podrá repetir su hazaña, debe saber que una persona no muere instantáneamente, aunque se le clave un punzón triangular en el corazón. Harriet tuvo tiempo de hablar.

—Jamás he conocido a esa señora...

—Señorita, en el momento de morir. Brooks, ¿quién le ordenó eliminarla?

—No sé nada.

Field se dio cuenta de que estaba ante un hombre de dureza diamantina, que no cedería ni siquiera ante las peores amenazas. «El perfecto ejemplar de asesino a sueldo», pensó.

—Bueno, registraré la casa, encontraré el punzón y...

De súbito, Brooks le apuntó con una pistola.

—Tengo derecho a defenderme de un intruso en mi domicilio —exclamó.

Field se echó a reír.

—He dejado una carta escrita. Aunque me maten, la policía revisará después mis documentos. Encontrarán la carta y luego le

buscarán a usted.

Brooks pareció sentirse menos firme.

—No le creo —dijo.

—Es cierto. Nigel, dígame quién le ordenó...

De súbito, Brooks saltó hacia el visitante, a la vez que levantaba la mano, con ánimo de golpearle en la cabeza. Field paró el golpe y metió la rodilla malignamente. Brooks gruñó, se agarró el vientre con ambas manos y luego se desplomó, derribado por un puñetazo que Field le propinó en la sien izquierda.

Mientras el individuo permanecía inconsciente, Field sacó unos guantes de goma, tipo cirujano, y se los puso. A continuación, ligó las muñecas y los tobillos del asesino con tiras de cinta adhesiva. Tranquilo al respecto, empezó a registrar la casa.

La tarea duró pocos minutos. El punzón estaba en una funda, hábilmente disimulada en el forro de una chaqueta. Field regresó a la sala, con el arma en la mano.

Brooks empezaba a moverse. Cuando despertó del todo, quiso levantarse, pero un pie se lo impidió, al apoyarse en su pecho.

—Quiero un nombre —dijo Field.

—No —contestó el asesino, terco.

Field sonrió. Alzó la mano derecha y sostuvo el punzón, con la agudísima punta hacia abajo, por medio del índice y el pulgar.

—Si lo suelto, caerá desde metro y medio sobre tu cuello —anunció—. El punzón penetrará en la carne tan fácilmente como si fuese mantequilla. No te matará en el acto, pero rabiarás durante un buen rato.

Los ojos de Brooks expresaron terror por primera vez.

—¡No! —chilló.

—El nombre —dijo Field con helado acento.

Brooks lo pronunció. El punzón cayó, rozó la piel del cuello del asesino y se hincó en el entarimado del suelo.

—Me lo figuraba, sólo que quería confirmarlo —sonrió Field—. Bien, lo siento, pero la muerte de Harriet es algo que no puedo perdonar.

—Le he dicho lo que quería saber...

—Para fortuna tuya, la pena de muerte está abolida en Inglaterra —contestó el joven—. Pero puedes tener la seguridad de que estarás en la cárcel durante los veinticinco o treinta años

siguientes.

Field desclavó el punzón y lo dejó en un sitio donde Brooks no pudiera alcanzarlo fácilmente, aparte de que, para mayor precaución, ató los tobillos a las muñecas, situadas éstas a la espalda, con otras tiras de esparadrapo.

Las piernas de Brooks quedaron encogidas hacia atrás. Al salir, Field tuvo tiempo de oír aún una espantosa retahíla de maldiciones.

—¡Qué lenguaje! —Simuló escandalizarse.

En la calle, se metió en una cabina telefónica y llamó a Scotland Yard. Luego, tranquilamente, volvió a su casa y empezó a preparar todo para el viaje de vuelta a Bruselas.

Field se detuvo en el umbral y contempló sonriente el cuadro que ofrecía la durmiente, boca abajo en la cama, con la espalda desnuda. Pisando de puntillas, se acercó a Ulla y le dio una palmada.

Ulla lanzó un grito y se volvió en el acto. Vio a Field, agarró la sábana y se cubrió el pecho.

—Me has asustado —protestó.

—He llamado al timbre varias veces, no contestabas y...

—Mentiroso —sonrió la joven—. Tú querías sorprenderme.

Field se sentó en el borde del lecho.

—Lo admito. Oye, ¿sabes que estás muy guapa, sin maquillar y con el pelo revuelto?

Ulla se lo atusó maquinalmente.

—Eres un sinvergüenza —dijo—. Sorprender a una señorita, sin arreglarse...

—Cuando sea tu esposo, te veré así todas las mañanas.

—¡Ah!, pero ¿vas a casarte conmigo?

—Si no me rechazas...

Ulla alargó los brazos, sin importarle que la sábana resbalase hasta su cintura.

—Te acepto —dijo cálidamente.

Después del beso, Field dijo que iba a preparar el desayuno, mientras ella se bañaba.

—Pasaré el día en tu casa —anunció.

—¡Qué bien! —se alegró Ulla.

—Espero una llamada telefónica. No sé cuándo la harán.

Ulla se anudó el cinturón de la bata de baño.

—¿Quién te va a llamar? —preguntó.

—Misterio. Me gusta jugar a los enigmas.

—Y a mí, la curiosidad me va a matar.

Field la besó suavemente en una mejilla.

—Hoy, mañana, todo lo más, quedará resuelto el asunto. Entonces, empezaré a pensar en qué debo trabajar, para no seguir más en este oficio tan repugnante.

Ulla le miró fijamente.

—¿Así piensas de tu profesión? —preguntó.

—Soy bueno. Me contratan para evitar que alguien muera... pero, a veces, tengo que matar. Aunque respecto a ello tengo la conciencia tranquila, ya que todos eran unos perfectos canallas, no quiero seguir así, viéndome obligado a apretar el gatillo de cuando en cuando.

—Si voy a ser tu esposa, tengo derecho a saber en qué piensas trabajar, Dessie.

Field sonrió.

—Hace tiempo que compre una granja en Dorsetshire. Una casa, pequeña, pero confortable, establos con vacas y corrales para ovejas; gallineros, una bandada de ocas y gansos, dos perros de pastor... y varios caballos para pasear por el campo en el buen tiempo. Prados, árboles, un riachuelo con un puentecito encantador... ¿Te gusta el panorama?

Ulla saltó al cuello del joven.

—¡Maravilloso! —exclamó—. Me siento arrobada...

—Todavía no ha llegado la hora del retiro —dijo él—. Pero creo que mañana o pasado podremos sacar una licencia de matrimonio.

Mientras sus labios se fundían ardientemente con los de Ulla, Field pensó que, en el futuro, el recuerdo de la hermana muerta pondría tal vez alguna ligera nubecilla en el cielo de su felicidad. Pero el tiempo lo curaba todo, se tranquilizó a sí mismo.

Luego, en la cocina, recordó que menos de una semana antes había preparado un desayuno para otra mujer. Ambas, Ulla y Lola van Kjinn, eran enteramente distintas. Las comparaciones, por otra parte, resultaban odiosas.

El día transcurrió con entera normalidad. Field empezaba ya a pensar que no iba a recibir la llamada anunciada, cuando, a las ocho de la noche, sonó el teléfono.

Ulla miró el aparato con ansiedad. Field se lo acercó a la cara.

—Sí —dijo.

—¿Desmond?

—El mismo.

—Anote esta dirección: calle de Brabant, 331.

—Sí, señor.

—Le espero dentro de una hora, Desmond.

—Muy bien.

Field dejó el teléfono en su sitio y filó la vista en el aprensivo rostro de la joven.

—Ha llegado el momento —anunció.

—¿Lo crees así?

—Desde luego. Empieza a vestirme; yo voy a prepararme también.

—Lo que tú digas, Dessie.

Mientras ella se vestía en el dormitorio, Field se cambió de ropa en el cuarto de baño.

Ulla se le acercó, en el momento de salir.

—Dessie, ésta será tu última aventura —rogó.

—La penúltima —corrigió él.

—¿Cómo dices? ¿Todavía más?

—Mi última aventura será casarme contigo.

—¡Oh, qué tonto...! Sabes de sobra que eso no tiene ni tendrá jamás riesgo alguno —contestó Ulla, riendo feliz.

El coche se detuvo a pocos metros de la puerta. Field se apeó y Ulla lo hizo por el lado opuesto. En esta ocasión, Field tiró de la anilla de la campanilla de llamada.

A los pocos momentos se abrió la puerta.

—¿Field?

—Creo que nos conocemos, Emil.

—Oh, sí, es cierto. ¿Y ella?

—También tiene parte en el asunto.

Emil se encogió de hombros.

—Si usted lo dice... Pasen, por favor.

El esbirro se hizo a un lado. Field avanzó, llevando del brazo a la muchacha. Momentos después, el propio Emil abrió la puerta de la casa.

—Ahí, en la habitación de la derecha —indicó.

Field avanzó hacia el lugar señalado. Abrió una puerta más y contempló a los tres hombres que se hallaban sentados en sendos butacones.

—Hola —saludó jovialmente.

—Pase, Dessie —invitó Hugo Dort—. Nicco, sirva algo de beber...

Dort se interrumpió de repente.

—Oiga, ¿qué diablos hace esa fulana en mi casa? —gritó—. ¿Quién le ha dicho que trajera consigo a Martha Moentsch?

—No es Martha, sino su hermana, y se llama Ulla —contestó el joven tranquilamente.

—Su... hermana —resopló Alain Ewert.

—En efecto —corroboró Ulla—. Martha y yo éramos gemelas.

—Entonces, alguna vez, usted la sustituyó...

—¡Jamás! Nunca quise hacer cosas que me repugnaban.

Solossi entregó dos copas a los visitantes.

—Creo que sería conveniente tomárnoslo con más calma —propuso.

—Sí, tiene razón —gruñó Dort.

Agitó la mano. Solossi le entregó otra copa.

—Bien, Dessie —dijo el gordo—, es hora ya de acabar con este asunto. Deme el sobre.

—Espere un momento. Lo he traído y, por supuesto, no pienso negarme a entregarlo, pero antes quiero cambiar unas palabras con los tres.

—Dessie, no estoy aquí para perder el tiempo —refunfuñó Dort—. Deme el sobre y lárguese. Ya le pagué lo suficiente.

—No, no ha pagado lo bastante, pero no se preocupe; no pienso pedirle más dinero, señor Colbert.

Dort arqueó las cejas.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó.

—Jean Colbert. Es el nombre que utiliza en ocasiones, cuando viene a Bruselas para alguno de sus negocios nada limpios.

—Alguien se ha ido de la lengua...

—Sí, pero sólo hasta cierto punto, porque Koppel no sabía que Colbert era usted.

—¡Koppel está muerto!

—Lo sé. —Field se volvió hacia el secretario—. ¿Lo hizo usted,

Nicco?

Los ojos de Solossi centellearon malignamente.

—No sé de qué me habla —contestó.

—O tal vez fue Brooks. Era un tipo muy hábil con los punzones. Pero eso es lo de menos. Lo que sí resulta cierto es que Brooks mató a Harriet Jackson por encargo de usted, Nicco. Llegué a pensar que el asesinato de la pobre Harriet tendría que ver algo con este sucio negocio, pero no es así. Fue el crimen repugnante, ordenado cometer por un enamorado desdeñado, que ni siquiera tuvo el valor de ejecutarlo por sí mismo. Brooks era su asesino particular, Nicco, y lo envió a Austria para eliminar a Koppel, porque ya sabía que Darlton estaba muerto.

«También sabía que si yo no encontraba a Darlton, buscaría a Koppel y que si éste moría yo, sin ninguna pista, acabaría por volver a Londres, para entregar el sobre a su remitente. Lo interesante era que no lo recibiera el auténtico destinatario, cuyo nombre ignoro, cosa que, por otra parte, tampoco me quita el sueño. Seguramente, Nicco, usted ya tiene comprador para esa muestra de metal. Y, traicionando a su jefe, cobrará una enorme suma, ¿no es así?».

Field terminó su parlamento y se produjo una pausa de silencio. Los ojos de Dort estaban fijos en su secretario.

—De modo que era eso, Nicco —dijo al cabo.

Inesperadamente, Solossi sacó una pistola y apuntó con ella a Field.

—Deme el sobre —exigió.

CAPÍTULO XII

Field sonreía.

—¿Lo va a permitir usted, señor Dort? —consultó.

Se oyó una maldición. Dort parecía irresoluto.

—Lo permitirá —dijo Solossi—. ¡Vamos, el sobre!

Field señaló a la muchacha.

—Ella lo tiene en su bolso —indicó.

—Alain, quítaselo —ordenó Solossi.

—No hace falta que me toque —exclamó Ulla, a la vez que alargaba su mano con el bolso—. Ahí lo tiene.

Luego se volvió hacia Dort.

—No sabe cuánto me alegro de esto —añadió.

Ewert hurgaba en el bolso de la joven, que era grande, casi como una cartera de mano.

—Aquí está, Nicco —anunció.

—Dámelo —pidió Solossi.

—Aguarda un momento —dijo Ewert—. Antes de seguir adelante, hemos de hacer un trato.

—¿Sí? ¿Qué diablos te has creído...?

—Nicco, no me tomes por tonto. Mira a tus espaldas. Yo te he ayudado, pero Emil sólo me obedece a mí.

Solossi se volvió rápidamente, sin bajar la mano armada. A cuatro pasos de distancia, Emil hizo fuego tres, veces. Solossi gritó, se tambaleó y rodó por el suelo.

El sobre cayó en la alfombra. Ewert se inclinó y lo recogió, con la sonrisa en los labios.

—No quiso darme la mitad y se ha quedado sin nada —dijo—. Field, usted sabe algo del asunto. ¿Es tan bueno el metal como se dice?

—Mejor todavía, Alain.

Ewert hizo un gesto con la cabeza.

—Usted me ha caído simpático —dijo—. En cambio, este cerdo...

Dort estaba en su sillón, como alelado, incapaz de reaccionar después de lo ocurrido.

Ulla procuró serenarse.

—Ha ordenado muchos asesinatos, pero jamás tuvo la ocasión de contemplar la muerte de un hombre —dijo—. Hugo, ¿se acuerda de lo que usted le hizo a mi padre, hace cuatro años?

Dort dirigió a la joven una mirada inexpresiva.

—Era un excelente químico y un notable investigador —continuó Ulla—. Sin embargo, cometió el error de relacionarse con usted, para que le facilitase una subvención con la cual proseguir sus investigaciones respecto a una fórmula nueva. Usted le dio el dinero, pero cuando mi padre hubo terminado, le hizo robar la fórmula. Quiso protestar y usted ordenó que lo asesinaran. Martha tenía un carácter muy distinto del mío. Además, era ayudante de mi padre. Logró enterarse de todo y juró que un día se vengaría. Pero en el robo de la fórmula había implicadas otras muchas personas. Por eso se convirtió en una asesina. ¿Lo entiende ahora?

La monda cabeza de Dort estaba cubierta de finísimas gotas de sudor. Quería hablar, pero daba la sensación de que no tenía aire para respirar.

—Usted fue quien, en realidad, convirtió a mi hermana en una asesina —siguió Ulla—. Un día, se enteró de que Solossi le traicionaba. Entró en contacto con Martha y le ordenó matar a su secretario. Field actuó engañado, creyendo que era usted la víctima, pero debía serlo Solossi, a quien este plan engañó también. De este modo, consiguió que el secretario dejara de sospechar de usted y así continuara su traidora actuación. Tarde o temprano, le pillaría con las manos en la masa... y eso lo ha logrado ahora. ¡Vamos, serénese; quizá esperó que Nicco muriese lejos de aquí, pero ha sucedido en su presencia! Está algo asustado, pero en el fondo se siente contento de que Alain Ewert y su acólito le hayan librado de un traidor.

—Tienes un pico de oro, hermosa —sonrió Field.

—Gracias, Dessie. Sin embargo, todo lo que he dicho es verdad. De pronto, Dort se puso en pie.

—¡Alain, mátelo! —gritó, descompuesto.

Ewert meneó la cabeza.

—No —contestó—. Me llevaré el sobre.

—Le aconsejo que no lo haga, Alain.

Ewert se echó a reír.

—¿Qué dices tú, Emil? —preguntó.

—Tenemos todos los triunfos en las manos, jefe —contestó el esbirro, riendo también.

—Entonces, no hay más que hablar. Nos iremos ahora.

—Alain, al menos deme las gracias —solicitó Field.

Ewert se volvió hacia el joven.

—¿Cómo dice? —Respingó.

—Sí, hombre, sí. Tohenstein y los suyos también andaban tras el sobre. Usted lo sabía, naturalmente, y mi actuación le resultó altamente beneficiosa, porque logré eliminar a esa banda. Tohenstein era muy peligroso, aunque menos inteligente que usted.

—Le agradezco el elogio, Field —sonrió Ewert—. Agradézcame también que les permita seguir con vida.

El joven se inclinó.

—Por supuesto, muchas gracias —dijo—. A propósito, ¿eran buenos los billetes que me enseñó su amigo Heigel?

Las cejas de Ewert se arquearon.

—¿Por qué no iban a serlo? —replicó.

—No, usted no daría veinticinco mil libras por algo que, tarde o temprano, acabaría en sus manos. Lo que sí deseaba era ahorrarse molestias e inconvenientes, pero el truco le falló.

—¿Cómo lo adivinó, Field?

—He aprendido a conocer los billetes falsos a la primera ojeada, sobre todo cuando no son sino simples fotocopias en color, realizadas en papel más o menos parecido al auténtico. Esos billetes, por supuesto, no engañarían al cajero más tonto de cualquier Banco, pero sí a alguien no demasiado familiarizado con billetes de cien libras, a los que, además, apenas ha entrevisto. Tal vez hubiera podido convencerme con una suma mucho menor, cinco mil libras, por ejemplo, y en billetes de más baja denominación. Pero el truco resultó demasiado burdo.

Ewert suspiró.

—Uno no puede estar en todo —contestó—. Pero, a fin de cuentas, ya tengo el sobre.

—Y comprador.

—Sí.

—Alain, ¿conoce usted bien el metal que está en el sobre?

—¿Por qué lo pregunta, Field?

—Bueno, si luego resulta que no es sino un trozo de chapa de hojalata...

—Lo comprobaré antes de entregarlo, descuide.

—Muy bien, como quiera.

De pronto, Dort, lanzando un rugido, se abalanzó contra Ewert.

—¡Dame el sobre, maldito!

Ewert rechazó al gordo. Emil, un tanto nervioso, disparó dos veces más. Dort aulló y rodó por el suelo.

—Lo siento —gruñó Ewert—. No quería hacerlo...

Miró a los dos jóvenes.

—En realidad, no tengo nada contra ustedes —añadió—. Les dejaré encerrados en esta habitación. Usted, Field, es lo suficientemente hábil para abrir la puerta, pero aunque no tarde más de un minuto, será tiempo suficiente para que Emil y yo podamos largarnos.

—Gracias, Alain.

—Vámonos, Emil.

La puerta se cerró. Ulla corrió hacia el joven y se colgó de su cuello.

—Dessie, he pasado tanto miedo... ¡Pero les has entregado el sobre!

—¿Podía resistirme? Nena, voy a empezar a trabajar para abrir la puerta.

—Las ventanas...

—Tienen los postigos cerrados por fuera.

Field sacó su pistola con silenciador y disparó un par de veces contra la cerradura. Luego agarró la mano de Ulla y tiró de ella hacia el vestíbulo.

Cuando cruzaban el jardín, se oyó un distante estampido.

—Aprisa —exclamó.

—¿Qué ha sido eso, Dessie? —se alarmó la muchacha.

—La bomba que había en el sobre.

—Oh... —gimió Ulla.

Cuando salieron fuera del jardín, vieron a doscientos metros las llamas de un coche que ardía en pompa. Se oían gritos de alarma y

algunas personas corrían en todas direcciones.

Field subió a su coche y puso el motor en marcha.

—Vamos, nos acercaremos como inocentes espectadores y ofreceremos nuestros servicios, por si pueden ser útiles —dijo—. Pero lo que no nos conviene en modo alguno es escapar; nos haríamos sospechosos de inmediato. Tú y yo no hemos estado jamás en esa casa, ¿comprendes?

—Sí, Dessie.

A lo lejos se oyó una sirena de alarma. Field detuvo el coche y se apeó, mientras Ulla se tapaba los ojos con las manos.

El joven empleó el extintor de su propio automóvil. Otros conductores hacían lo propio, pero ningún esfuerzo podía salvar ya a los ocupantes del vehículo en llamas.

CAPÍTULO XIII

Field llenó dos copas y ofreció una a la muchacha. Ulla estaba todavía muy pálida.

—De modo que sabías que era una bomba —dijo, después de un reconfortante trago de *brandy*.

—Pero tú lo adivinaste casi en el primer instante —respondió él.

—Fue un presentimiento, aunque sin base sólida. De todos modos, ¿cómo lo confirmaste?

—Durante mi estancia en Londres, llevé el sobre a un buen amigo, experto en estas cuestiones. Aparte de doctor en Física, Robert Herbson entiende mucho de explosivos y examinó el sobre por medio de rayos X. Ello confirmó mis sospechas.

—Entonces, Dort jamás tuvo intención de entregar la muestra de metal.

—Es cierto. Me la dio y dijo que la guardase yo personalmente hasta nueva orden. El sobre que Solossi me entregó en el aeropuerto de Heathrow, sí contenía la bomba y era idéntico al que Dort me había entregado reservadamente, sin que lo supiera Solossi. Dort, supongo, quería que el sobre llegase a su competidor, quien moriría al abrirlo, como les ha sucedido a Ewert y a su esbirro.

—¿Quién es el competidor, Dessie?

Field se encogió de hombros.

—No lo sé, ni me importa. Otro «tiburón» de guante blanco como Dort, un chupador de sangre, un miserable especulador... Lo que le pueda suceder a ese individuo ya no nos interesa en absoluto.

—Entonces, Dort calló que el sobre contenía una bomba.

—Sí. Puesto que me citó en la casa en donde solía aparecer como Jean Colbert, creía que el sobre que tú llevabas en el bolso contenía la muestra auténtica del metal. En cambio, quizá creyó que el sobre con la bomba podía estar en otra parte, pero eso ya no le importaba.

—Sí, comprendo. Pero dime, ¿dónde guardaste esa muestra, que nadie supo encontrar jamás?

Field sonrió y se quitó sucesivamente la chaqueta y la camisa. El chaleco blindado quedó al descubierto.

Acto seguido, levantó un trozo de la cubierta de tela exterior. Una plancha de brillante metal apareció ante los asombrados ojos de la joven.

—¡Fantástico! —exclamó Ulla—. A nadie se le habría ocurrido mirar en ese escondite.

—A mí se me ocurrió, después de que Peter Schmidt me disparase tres balas a bocajarro. Y la idea resultó excelente para Lola, porque el proyectil de una «cuarenta y cinco» a dos pasos de distancia, puede resultar mortífero, incluso con chaleco blindado.

—Entonces, te debe la vida.

—Sí, pero, descuida, no iré a cobrarme esa deuda —rió él.

—No te lo permitiría yo —dijo Ulla—. Dessie, ¿qué piensas hacer con la muestra de metal?

—Mi amigo, el doctor Herbson, conoce al descubridor de la aleación y a la empresa para la cual trabaja. Devolveremos la plancha de metal en cuanto hayamos regresado a Londres.

—Quizá te den una recompensa —apuntó ella.

—Ya me la he ganado —sonrió Field.

—¿Sí? ¿Es muy valiosa?

Los brazos del joven rodearon una esbelta cintura femenina.

—Ya la tengo en mi poder —contestó.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

